

OBRA POÉTICA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SINALOA

Rector
VÍCTOR ANTONIO CORRALES BURGUEÑO



EDITORIAL UAS

Consejo Editorial
Directora

ELIZABETH MORENO

ALCIR PÉCORÁ – CHRISTIANO LYRA FILHO
JOSÉ A. R. GONTIJO – JOSÉ ROBERTO ZAN
MARCELO KNOBEL – MARCO ANTONIO ZAGO
SEDI HIRANO – SILVIA HUNOLD LARA



COLMENA EDITORES

Consejo Editorial

ARMANDO ALZAMORA FLORES
ALFREDO LAZARTE ARIMUYA
MELISSA PÉREZ GARCÍA

Diseño de portada
MARIO SILVA PONCIANO

Diagramación
JUAN PABLO MEJÍA

Producción
ARMANDO ALZAMORA FLORES

Gilberto Owen

OBRA POÉTICA

PRÓLOGO DE FELIPE MENDOZA



Owen, Gilberto, 1904-1952

Obra poética / Gilberto Owen; prólogo de Felipe Mendoza – Lima:
2012 en coedición con la Editorial UAS, 2012.

ISBN: Colmena Editores
ISBN: Editorial UAS

2. Colección Calibán

Literatura Latinoamericana
Gilberto Owen, *Obra poética*

Hecho el Depósito Legal: 2012-11342

Obra poética

Copyright © 2012 by Editorial UAS

Todos los derechos reservados para Colmena Editores de Armando Alzamora.

El cuidado de esta edición estuvo a cargo de Armando Alzamora
y Carlos Tolentino A.

Ninguna parte de esta publicación puede ser grabada, almacenada en
sistema electrónico, fotocopiada, reproducida por medios mecánicos
u otro cualquiera sin autorización previa de los editores.

EDITORIAL UAS
Calle Burócrata 274-3 Ote.
Col. Burócrata CP 80030
Universidad Autónoma de Sinaloa
Culiacán, Rosales, Sinaloa México
Teléfono: 715-59-92 Fax: 715-59-92
<http://www.uasnet.mx>
editorialuas@hotmail.com

COLMENA EDITORES
Urb. La Cruceta Block 36 dpto. 502 - Santiago
Lima 33 - Lima - Perú
Tel.: (51) 1 2822066 - 964901629
www.colmenaeditores.blogspot.com
colmenaeditores@gmail.com

OBRA POÉTICA

ÍNDICE
OBRA POÉTICA

Nota de los editores	13
Prólogo	15

~ PRIMEROS POEMAS ~

Canción de juventud	23
Confiadamente, corazón...	25
Invernal	26
Y pensar, corazón	27
Elogio de la novia sencilla	29
La canción del tardío amor	32
No me pidas, amiga...	33
Cancion del alfarero	35

~ DESVELO ~

Desvelo	41
Nueva nao de amor	52
Escorzos	60
Rasgos	62
Cromo	64
El lago	65

~ LÍNEA ~

Sombra	75
El hermano del hijo pródigo	76
Espejo vacío	77

Viento	78
X	79
Anti-orfeo	80
Raíces griegas	81
Remordimientos	82
Poema en que se usa mucho la palabra amor	83
Viento	84
Alegoría	85
Naípe	86
Poética	87
La inhumana	88
Viento	89
Teologías	90
El estilo y el hombre	91
Novela	92
Partía y moría	93
Interior	94
Historia sagrada	95
Maravillas de las voluntad	96
Autorretrato o del subway	97
El llamado sándalo	99
Escena de melodrama	100

~ PERSEO VENCIDO ~

Madrigal por medusa	103
Simbad el varado (bitácora de febrero)	104
<i>Día primero</i> , el naufragio	106
<i>Día dos</i> , el mar viejo	107
<i>Día tres</i> , al espejo	108
<i>Día cuarto</i> , almanaque	109
<i>Día cinco</i> , virgin inslands	111
<i>Día seis</i> , el hipócrita	112

<i>Día siete</i> , el compás roto	113
<i>Día ocho</i> , llagado de su mano	114
<i>Día nueve</i> , llagado de su desamor	115
<i>Día diez</i> , llagado de su sonrisa	116
<i>Día once</i> , llagado de su sueño	117
<i>Día doce</i> , llagado de su poesía	118
<i>Día trece</i> , el martes	119
<i>Día catorce</i> , primera fuga	120
<i>Día quince</i> , segunda fuga («Un coup de dés»)	121
<i>Día dieciséis</i> , el patriotero	122
<i>Día diecisiete</i> , nombres	124
<i>Día dieciocho</i> , rescoldos de pensar	125
<i>Día diecinueve</i> , rescoldos de sentir	126
<i>Día veinte</i> , rescoldos de cantar	128
<i>Día veintiuno</i> , rescoldos de gozar	129
<i>Día veintidós</i> , tu nombre, poesía	130
<i>Día veintitrés</i> , y tu poética	131
<i>Día veinticuatro</i> , y tu retórica	132
<i>Día veinticinco</i> , yo no vi nada	133
<i>Día veintiséis</i> , semifinal	134
<i>Día veintisiete</i> , jacob y el mar	135
<i>Día veintiocho</i> , final	

Tres versiones superfluas

(Para el día veintinueve de los años bisiestos)

Primera. Discurso del paralítico	136
Clave	142
Segunda. Laberinto del ciego	143
Tercera. Regaño del viejo	146

Libro de ruth

Booz se impacienta	150
Booz encuentra a ruth	152
Booz canta su amor	153

Booz ve dormir a ruth	155
Celos y muerte de booz	157

~ OTROS POEMAS ~

Carta. Defensa del hombre	161
Santoral	163
Repeticiones	165
Acróstico	166
El río sin tacto	167
Alusiones a x	170
Y fecha:	171
La semilla en la ceniza	172
Lázaro mal redivivo (fragmento)	173
De la ardua lección	174
«Espera, octubre...»	176
«Allá en mis años...»	177
Es ya el cielo...	178
El infierno perdido	179

NOTA DE LOS EDITORES

La presente edición de Don Casmurro es una traducción de Pablo Cardellino Soto hecha a partir del texto original establecido por Leila Guenter y publicado en una edición bilingüe por la Editora da Unicamp (2008). Para la traducción se ha respetado la puntuación particular que Machado de Assis solía emplear; con el mismo cuidado, se ha procurado corregir las pocas erratas que presentaba dicha edición. El lector tiene en sus manos una traducción fidedigna de altísima calidad que le permitirá aproximarse al maravilloso universo narrativo de Machado, sin lugar a dudas, una de las figuras preponderantes de las letras de nuestro continente.

PRÓLOGO

Gilberto Owen es un poeta mexicano que se inscribe en unas de las generaciones literarias más interesantes del siglo XX. Perteneció al grupo sin grupo de los Contemporáneos; fue, sin duda, el escritor más arriesgado y experimental de entre todos ellos. La vanguardia en él llega en su temprana juventud, en aquellos primeros años de la década de los años veinte en que se instala a vivir en la Ciudad de México.

Había nacido en 1904 en Rosario, Sinaloa, una pequeña provincia del noroeste de México, siendo niño, el rugir de las balas y la tempestad de la revuelta que traía la Revolución Mexicana expulsó a su familia, como a muchas otras, de su tierra natal. Éste sería el comienzo de un éxodo que no tendría final sino hasta el día de su muerte. Partieron rumbo a Toluca, Estado de México, a buscar protección familiar y la encontraron. No sólo huían del caos en que el país se hallaba inmerso, sino además de la falta de oportunidades y de seguridad económica.

Por otro lado, la orfandad paterna de Gilberto y el temprano abandono de sus estudios primarios, animan a la familia a buscar otros horizontes. Por ello encontramos que Gilberto Estrada, quien más tarde se convierte en Gilberto Owen (el poeta), finiquita su instrucción primaria en Toluca, en una escuela para varones, luego pasa a formar parte del estudiantado en el Instituto Científico y Literario Ignacio Ramírez, donde además de ser un destacado alumno se emplea como bibliotecario. En estos años se despiertan en él varias inquietudes artísticas, el teatro y el trabajo

editorial, pues vemos que a su cargo tuvo dos revistas literarias: Esfuerzo y Raza Nueva.

En estos años de formación en que se convierte en un ávido lector y un principiante de poesía, escribe, como dice él en algunos de sus datos autobiográficos, bajo el influjo del modernismo que daba ya sus últimos suspiros, pero que era representado bajo la tutela imponente de Enrique González Martínez. Además de escribir versos medidos con los dedos que tenían aliento gongorino, Owen, apenado de sus poemas de juventud más tarde cuando conoce el verdadero oficio del poeta, desaprueba la posibilidad de incluirlos en alguna publicación, sin embargo cuando prepara junto a Josefina Procopio la futura edición de sus obras, admite a manera de conciliación que en esta se incluyan esos primeros poemas que vienen de aquellos años juveniles que vivió en el Estado de México.

Un periodo importantísimo en la vida formativa del poeta Gilberto Owen es cuando llega a vivir a la ciudad de México (1923). Había emigrado a ella bajo el cometido de un empleo en la Presidencia de la República, ahí sería el encargado de redactar una síntesis de los diarios que el Presidente leería todos los días. Pero lo fundamental es el encuentro que éste tiene con su generación: en este mismo año se inscribe en la Escuela Nacional Preparatoria donde conoce primero a Jorge Cuesta, luego a Xavier Villaurrutia y Salvador Novo, todos estudiantes de esta histórica institución.

Para esta juventud inquieta, los años 20 significaron un cambio radical en su mentalidad: por un lado, México estaba en una especie de reacomodo político y de fortalecimiento de sus instituciones después de la sufrida revolución; por otro, las vanguardias de la literatura europea y algunas latinoamericanas llegaban como novedad a este país. Se reunieron en torno a una revista

literaria que les dio nombre e identidad: Contemporáneos. Hicieron teatro y novelas, tradujeron a algunos escritores europeos y norteamericanos, se dieron a la tarea de editar y divulgar su propia obra poética. Cada uno de ellos construyó poco a poco su poesía y además participó en la construcción educativa de este ensangrentado país.

Owen vio por primera vez editado su novela *La llama fría* (1925) en *El Universal Ilustrado*. De ahí en adelante muchos de sus escritos empezarán a publicarse en distintas y diversos espacios editoriales.

Luego de permanecer de 1923 a 1928 en la capital del país, Owen decide emprender un nuevo viaje. Irá a Nueva York en una misión diplomática a cumplir encomiendas laborales propias de su nuevo empleo en la cancillería mexicana. Pasa en ese país de Norteamérica hasta 1931. Harto del pésimo inglés de los neoyorkinos, como así lo expresara, y con deseos de respirar aires de hispanidad, pide la intervención de su amigo Alfonso Reyes para que le recomiende con Genaro Estrada, Secretario de Relaciones Exteriores en México durante ese periodo; es así que bajo la intervención de Estrada, Owen es designado como secretario del consulado mexicano en Lima, Perú. Llega a esta ciudad “comida por la niebla” en 1931. Ahí hace amistad con los intelectuales más polémicos de esos tiempos: Luis Alberto Sánchez y Víctor Raúl Haya de la Torre. No sólo comparte con ellos el sentido puro de la amistad, sino además se compromete en complicidad a apoyarlos en tareas políticas tan urgentes y necesarias para nuestra continente, pues estos dos pensadores peruanos abanderan y dirigen el entonces proyecto hispanoamericanista Alianza Popular Revolucionaria Americana, APRA.

Owen a pesar de estar impedido por el reglamento consular de México de participar en política exterior, aun bajo el riesgo de

ser expulsado, como sucedería después, se compromete a divulgar la doctrina aprista y acompaña a estos peruanos a entender y a entenderse en esta realidad en que vivían. Sobre este hecho, a manera de broma, el poeta dijo alguna vez: «me dio un sarampión marxista». Un dato interesante es el proyecto poético que tuvieron Gilberto Owen y Martín Adán. Dos poemas de odio debió titularse este trabajo escrito a dos manos, truncado por la pronta partida de Owen.

Acaso fue sólo un año lo que vivió Gilberto Owen en Perú; expulsado por este gobierno y el consulado de México, sigue su éxodo hacia Guayaquil. Gracias a la intervención de nuevo de don Alfonso Reyes vuelve a obtener su empleo consular, para perderlo pronto al relacionarse con Benjamín Carrión, líder del naciente Partido Socialista Ecuatoriano con el que tuvo amistad también en esta ciudad ecuatoriana. Luego su rumbo se encaminará hacia Bogotá, Colombia, donde vive y forma una familia, hasta volver en 1945 de nuevo a su «Bagdad olvidadiza»: México. De ahí el viaje final a Filadelfia, ciudad en la que muere en 1952 de cirrosis hepática, ciego y pobre, pero feliz porque cuatro años antes vio editado su *Perseo vencido* (1948) en la Facultad de Letras de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, en Perú, donde entonces su amigo Luis Alberto Sánchez era un reconocido catedrático y más tarde Rector de la misma casa de estudios.

Hace cuatro años fui a Lima con el propósito de asistir a un encuentro de poetas. Me inquietaba, como ahora, la idea de reconstruir una biografía de Gilberto Owen. Muy poco sabía en aquel entonces sobre mi personaje, y mucho menos sobre la vida cultural de Lima en los años en que vivió Owen en ella. He viajado

en tres ocasiones a Perú, y gracias a ello he podido descubrir con asombro la manera como nuestro poeta pudo ver esta ciudad. A mis amigos peruanos, de quienes tengo ahora una fina amistad les presenté a nuestro Contemporáneo, les dije en aquella primera ocasión que Gilberto había vivido ahí en 1931, y que había tenido por amistad a algunos intelectuales que hoy son referentes culturales y políticos reconocidos en ese país, me advirtieron del desconocimiento injusto que ellos tenían sobre nuestro poeta, y me di a la tarea de divulgar su obra. Sorprendidos de la calidad y el poder expresivo y poético de Owen ahora se han convertido en atentos lectores, y bajo la idea de honorificar una amistad entre dos pueblos que en dos momentos de la historia de Perú han estrechado esos lazos de complicidad y afecto, nos propusimos llevar a cabo la edición de la poesía de Gilberto Owen para que en adelante se conozca y se sepa de hecho que parte de esta obra se creó en este país. Por ello, dignifica este acto de justicia el hecho de que ahora la Universidad Autónoma de Sinaloa acoja como proyecto participar junto con Colmena Editores en la coedición de este libro.

No es por demás decir que nuestra Universidad Autónoma de Sinaloa responde al llamado de atender este propósito editorial con agrado y sensibilidad, porque con ello se encumbra el más alto honor al poeta sinaloense Gilberto Owen, quien es, sin duda, una de las voces poéticas más importantes de todos nuestros tiempos.

Es beneplácito para Sinaloa y su Universidad, para Perú y estos nuevos lectores que tuvieron hace 64 años publicado en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos aquella edición de *Perseo Vencido*, hoy depositados algunos ejemplares de esta antigua edición en la Biblioteca Central Pedro Zulen, ver ahora esta nueva edición titulada *Obra poética de Gilberto Owen*.

Nos complacemos en este merecido homenaje al gran poeta que hace posible un lazo de amistad a través de la poesía que permanecerá viva y siempre presente en estos países: México y Perú, antaño dos grandes imperios prehispánicos, hoy dos enormes potencias de la creatividad y la literatura.

Bien por ti, lector, que tienes ahora en tus manos esta hermosa edición, compartida por el esfuerzo y la voluntad de dos editoriales que se unen con una sola voz: la poesía.

FELIPE MENDOZA

Sinaloa, Junio de 2012

~ PRIMEROS POEMAS ~

CANCIÓN DE JUVENTUD

Una alegría fértil va poblando de rosas
y anegando en perfumes mi huerto de emoción,
y su encanto trasmuta la prosa de las cosas
en una melodía que llena el corazón.

Finge el fluir de versos vuelo de mariposas,
y canta este florido minuto, en la canción
vernal del monocordio de oro de mis gozosas
cigarras, ebrias de armonía y pasión.

(Sé que eres la última, alegría que posas
en mi abril claudicante tu encantada ficción;
y tus horas garridas volarán, presurosas,
y ha de tornarse en yermo glacial mi corazón...
pero es tan dulce en tus horas melodiosas
agotar la clepsidra con demente efusión!)

Una alegría fértil hace estallar sus rosas
de besos, en el ínfimo huerto de la emoción.

II

En el cordial remanso, Alma, loca cigarra,
canta la florescencia de besos de mis labios:
haz mofa de la hormiga, compadece a los sabios
que en su existencia absurda, al igual de una garra,
llevan hundida la árida maldición de pensar.

Alma, canta la bienaventuranza de amar,
y de sufrir por único tormento el del sensual
mordisco del Demonio. (En cambio tienes una
milagrosa madrina, Alma sentimental,
la madrina de todos los orates: la Luna...)

Alma, diga tu canto el arrobo de esta
entusiasta locura que es tu juventud;
Sigue labrando versos por la blonda testa
de la Amada sencilla, blancura de tu fiesta,
y ahoga la sañuda sierpe de la inquietud
de saber, y el mezquino ahorro de la hormiga.

Alma, tú solo debes cantar; hasta en la ortiga
que te hiere, halla el tema cordial de una cantiga
que lleve un atavío albo de beatitud...

En el jovial remanso, Alma, cigarra loca,
canta el milagro de ósculos que florece en mi boca.

(1921)

CONFIADAMENTE, CORAZÓN...

A Rafael Sánchez y F., por el cariño
y la amistad francos y leales que nos unen desde
la niñez, y por la casi identidad de nuestras
vidas, dedico estos versos sinceros.

G.O.E.

Golpeando el cristal de mi ventana
cae la lluvia tenaz, como si fuera
el fúnebre doblar de una campana
que anunciara el morir de mi quimera.

En la bruma se pierde la lejana
montaña tutelar, y prisionera,
mi fantasía añora una mañana
de no sé qué distante primavera...

Similitud extraña hay entre el cielo
encapotado en funerario manto,
y mi alma enlutada... (como un velo
doliente y frío, la envuelve el desencanto...)
... falta el sol de un amor que rompa el hielo
de su inmensa frialdad de camposanto...!

Toluca, diciembre 27 de 1920.

INVERNAL

Fue un minuto trágico, como el en que Raymundo
Lulio descubrió el seno de su amada inmortal,
de su Blanca, roído por el cáncer inmundo;
fue en una hora infinita, negramente fatal...

«Profundo... más profundo... todavía más profundo...!»
Magüer que inerme, altivo gritaba mi ideal
al desencanto artero, que la hundía furibundo,
despiadado, su frío, venenoso puñal...

Fue mi primera derrota; yo no sabía que el mundo
y que la vida ponen un peligro abismal,
un precipicio, a cada paso del errabundo.

soñador, que se guía sólo por el fanal
de su ilusión; que marcha, ávido sitibundo
de idealidad, sobre el abismo de lo real...!

Enero de 1921.

Y PENSAR, CORAZÓN...

¡Y pensar, conmovido corazón,
que algún día nefando, los gusanos
han de roerte tus orgullos vanos
y emponzoñar tu fuente de emoción...!

Saber la vida tráfuga, y saber
el fracaso de todo en un minuto:
toda tu heroica fiebre de absoluto
(náufraga en unos labios de mujer)

y todo tu dolor, y tu sensual
podredumbre obcecada, y tu efusiva
devoción a la Amada primitiva
de alma jocunda y clara de cristal.

Aún no habrás logrado modelar
tu poema mejor, cuando la pálida
Intrusa llegue, y tu Poesía, inválida,
interrumpa su lírico volar.

Saber que un día, trémulo rubí,
leal y atormentado, solamente
polvo inmóvil será tu carne ardiente,
sin nada de lo noble que hay en ti.

Cuánto mejor sería, corazón,
que te agotaras, trágico y canoro,

en este amor vernal de fuego y oro,
en una fervorosa combustión.

Toluca, agosto de 1921.

ELOGIO DE LA NOVIA SENCILLA

Tú, Hada Alegría, cédele tus galas,
tus arlequinescas galas polícromas
a mi verso; quiero, Dulzura, tus alas
claras de crisálida, y todas tus pomas
jóvenes, oh Nuestra Señora Dulzura.
Hoy haré el elogio de la Mujer Pura.

Amigo Recuerdo, manso anacoreta
parlanchín: no me hables ya de los que han muerto,
déjame que ignore que el alma poeta
tumba es de su propio cantar. ¡En mi huerto
sembró Ella sobre los sepulcros floridos
rosales y en todo ciprés puso nidos!

Tú, Hada Alegría, eres su madrina;
risas, trinos, trinos, risas-amapolas,
y la virtud máxima de su alma divina
que hace a mis chacales abatir sus colas,
y el prestigio límpido de su ingenuidad,
y su mano, trémula de espontaneidad,
que me ofrece el don
de su corazón.

Tú dame la góndola de un pueril ensueño,
un diminutivo barco de papel,
en que meza esta alma su empeño pequeño
y modesto: un novio romántico y fiel

que dé besos castos, y asista risueño
a todas las citas, y le diga cosas
cual si rebosaran sus labios de miel,
y sólo la obsequie puñados de rosas,
muchas rosas, todas las rosas de mayo,
en cambio a un tesoro de amor franco y gayo.

Tú, Nuestra Señora Dulzura, hazme bueno
y casto, y ahorca los siete milanos
de mi instinto sórdido, para que un sereno
atardecer, mire, al besar sus manos
próvidas, olientes a aromas de sus
tiestos, que mi beso florece en un lirio
como en los suaves hechos de Jesús,
y sea cual cirio
que se agota en un poema de luz
mi alma que hoy goza el torvo martirio
de ver al ensueño del Mal en la cruz.

Dulzura: tú dales alas a mis larvas
porque mi amor sea abeja, como el
amor de Ella es miel.
Y para que pueda yo cantar las parvas
horas de esta dicha, ponme un argentino
coro de campanas en el corazón,
y un chorro de fuente, y un perpetuo trino,
y que en el milagro de una floración
santa, en la podrida alma mis martirios
se cubran de lirios, lirios, Lirios, LIRIOS...

Y mi Amor sea en
la gracia del Bien,
por los siglos de los siglos.

AMÉN

Junio de 1922.

LA CANCIÓN DEL TARDÍO AMOR

¡Si yo pudiera amarte, Alma noble y pequeña!
Llegas cuando mi vida ya es un arenal;
si pudiera ofrecerte el tesoro que sueña
su insensatez romántica y pueril, que se empeña
en que florezca el seco tallo de mi rosal...

¡Qué más quisiera, ¡triste de mí!, que anclar mi nave!
Pero el remanso está lejos de mi dolor;
ya el corazón inhóspito arbusto es para el ave,
y en mi pecho, pletórico de hieles, ya no cabe
el tesoro mil-y-una-nochesco de tu amor.

Si tú pudieras ser la nueva primavera
que es justo que suceda a este invierno precoz;
pero sería estéril tu empeño; espera, espera
hasta que llegue el alma juvenil que te quiera
y diga la aleluya que ya olvidó mi voz.

Alma noble, que llamas a la mía cobarde:
¡Si yo pudiera amarte! ¡Si pudieras tú ser
mi nueva primavera! Pero llegas tan tarde,
tan tarde, que ya sólo, en un trágico alarde,
puedo hacerte un presente, en Alma de Mujer:

¡Esta canción ceñuda y pesimista, en que
ahorco en el mástil máximo la Esperanza y la Fe!

Toluca, 1-1-1922

NO ME PIDAS, AMIGA...

No me pidas, Amiga, madrigales;
la trivial aleluya de otros días
se apagó en mi fracaso de rosales,
y un torvo gotear de melancolías
es la fuente de mis cantos joviales.

Y debe ser así. Ya la casona,
marco de mis ensueños, está en ruinas,
y con su rubio absurdo ya festona
la yedra aquel balcón, que de divinas
pláticas los recuerdos aprisiona.

(Aquel balcón oliente al primitivo
aroma de sus virginales manos,
en donde aquel primer beso furtivo
mi suplicante audacia, miedos vanos
derrotando, robó al candor esquivo...)

Ya el jardín pueblerino, que nos daba
el amparo de su romanticismo,
y que por nuestros besos se tornaba
como en más rusticano, no es el mismo
ni esta fuente la que arrullaba.

Todo ha cambiado, hasta mi balbuciente
amor, diáfananamente candoroso,
que un día se me fue, como demente

golondrina que busca sin reposo
el sol de la indocta alma adolescente.

No me pidas, Amiga, que mi canto
sea madrigal; la casona está en ruinas,
el musgoso balcón perdió su encanto
porque Ella se fue, y en mis corvinas
elegías sólo vibra el desencanto.

CANCION DEL ALFARERO

Mis dedos saben un conjuro
de Amor, Humildad y Alegría;

mis dedos saben un conjuro
que alumbra la arcilla sombría,
y hace brotar al barro oscuro
la flor de la luz de la armonía.

Con mi sangre ardiente y bermeja
amasaré el duro terrón,
y modelará en él su queja
o su canción mi corazón.

Con un temblor de fe en mi mano
y en mi sien un soplo creador,
yo haré del lodo del pantano
un católico sahumador.

Sahumador de iglesia preclara
y de camposanto rural,
que retorcerá su plegaria
en espirales de copal.

... o en ellos, quizá urente y fiel
—¡loco de amor!—, llegue a encender
las rojas llamas del clavel
algún corazón de mujer.

Será nuestro el tabor exótico,
porque al decorarlo pondré:
por dragón, un blasón patriótico,
o una chinaca por musmé.

Reinará en la sala sencilla
mi prócer jarrón, que decora
mi fervor con la maravilla
de nuestra fauna y nuestra flora;

Y el juguete del niño pobre
nacerá ¡cacharro sonoro
en cuyo vientre dará al cobre,
la ilusión, repiques de oro!

En mis bandejas policromas
vivirá el alma lugareña;
—choza y mujer, rosa y palomas,
y esta inscripción: *¡Viva mi dueña!*

Para la fiesta del cotarro,
de tahúr, criolla y guitarra,
pondré mi atavismo en el jarro
que los labios besa y desgarrar.

Y al mediodía, para que sea
como amanecer en frescor,
le daré el agua azul que orea
y aroma el cántaro de olor.

Y en un corredor de casona
de aldea, mis tiestos serán
reloj en que una solterona
cuenta los mayos que se van...

(o en un desliz arquitectónico
tal vez lo ponga algún profano
de digno remate inarmónico
en un palacio provinciano...)

o alzará su curva florida
en una extática alameda,
bajo la fronda ennoblecida
por un rumor de alas de seda;

y —por la luna alucinante—
su gálibo, al borde del lago,
será el inmóvil consonante
del noble cisne giróvago!

.....

Y no importa que nadie inquiete
por el que dio su corazón
a la humilde y jovial quimera
de alumbrar el negro terrón...

Yo iré sembrando en el pantano
la flor luminosa del Bien,
con un temblor de fe en la mano
y un soplo divino en la sien!

~ DESVELO ~

DESVELO

1. *Pureza*

¿Nada de amor —¡de nada!— para mí?
Yo buscaba la frase con relieve, la palabra
hecha carne de alma, luz tangible,
y un rayo del sol último, en tanto hacía luz
el confuso piar de mis polluelos.

Ya para entonces se me había vuelto
el diálogo monólogo,
y el río, Amor —el río: espejo que anda—,
llevaba mi mirada al mar sin mí.

¡Qué puro eco tuyo, de tu grito
hundido en el ocaso, Amor, la luna,
espejito celeste, poesía!

2. *Canción*

De la última estrella
a la primera
fue para oler las rosas.

Vuelta, al revés, del mundo,
abierta la memoria
de la primera estrella
a ti —mujer, idea—,
¿hasta cuándo la última?

3.

La noche, que me espía por el ojo
de la cerradura del sueño,
gotea estrellas de ruidos inconexos.
¿Para qué este hilo de aire con ecos?
Ya ningún lápiz raya mi memoria
con el número de ningún teléfono.

Mi mensaje cae conmigo
sin mis miradas, cuerdas de un trapecio
suspendido, otros días,
de mi cabeza sobre el cielo.

Y nadie inventa aún al inalámbrico
una aplicación para esto:
uno puede caer cien siglos
—sin una honda agua de sueño,
sin la red salvavidas de una antena—
al silencio.

4. *El agua, entre los álamos.*

El agua, entre los álamos,
pinta la hora, no el paisaje;
su rostro desleído entre las manos
copia un aroma, un eco...
(Colgaron al revés
ese cromo borroso de la charca,
con su noche celeste tan caída
y sus álamos hacia abajo,

y yo mismo, la cabeza en el agua
y el pie en la nube negra de la orilla.)

Llega —¿de dónde?— el tren;
corazón —¿de quién?— alargado,
oscuro y próspero, la vía
nos los plantea = algo
más allá del alcance de los ojos.
Terremoto: llorando demasiado
los sauces salen al camino
como mujeres aterrorizadas.
Incendio: la luna, viento frío,
arrastra el humo de las sombras
hasta detrás del horizonte.

En el bosque, con tantos mármoles,
no queda sitio ya para las ninfas:
sólo Eco, tan menudita,
tan invisible y tan cercana.
Sólo una memoria sin nexo:
*«cuéntalas bien
que las once son».*

Luego el castigo de la encrucijada
por el afán de haber querido
saber a dónde llevan todos los caminos:
1, al pueblo; 100, a la ciudad; 1000, al cielo;
todos de ti y ninguno a ti,
a tu centro impreciso, alma,
eje de mi abanico de miradas,
surtidor exaltado de caminos.

5. *El recuerdo*

Con ser tan gigantesco, el mar, y amargo,
qué delicadamente dejó escrito
—con qué línea tan dulce
y qué pensamiento tan fino,
como con olas niñas de tu años—,
en este caracol, breve, su grito.

6. *Palabras*

Sólo tu palabra,
 río, deletreada,
 repetida, agria.

Sólo las estrellas
—solas— en el agua
y despedazadas.

¡Ya viene la luna!
Río, despedázala,
como a tu palabra

el silencio, como
la noche a la amada,
río, por románticas.

7. *Ciudad*

Alanceada por tu canal certero,
sangras chorros de luces,

martirizada piel de cocodrilo.
Grito tuyo —a esta hora amordazado
por aquella nube con luna—,
lanza en mí, traspasándome, certera,
con el recuerdo de lo que no ha sido.

Y yo que abrí el balcón sin sospecharlo
también, también espejo de la noche
de mi propio cuarto sin nadie:

estanterías de las calles
llenas de libros conocidos;
y el recuerdo que va enmarcando
sus retratos en las ventanas;
y una plaza para dormir, llovida
por el insomnio de los campanarios
—canción de cuna de los cuartos de hora—,
velándome un sueño alto, frío, eterno.

8. *Desamor*

¡Qué bosque —cómo oprime— tan oscuro!
Ganas de sacudir los árboles
para que caiga aquella luz
que se quedó enredada
entre las ramas últimas.

—Ella se quedaría, esclava,
trémula entre los dedos de Josué,
detrás del horizonte, sin remedio—.

¡Luz de ayer, luz de ayer,
lluévete, vertical, a mi memoria!
¡Rompe las rejas de los troncos,
horizontal luz de mañana!

9. *Adiós*

Todo este día corrió
el tren por mi pensamiento.
Toda la noche su sirena
rayará mi desvelo.

Y no poder imaginar
el vértice hipotético
en que se une la vía, tan lejano.
Nunca, nunca podré beber el sueño
en la confluencia amarga de su grito
y mi sollozo, siempre paralelos
y persiguiéndose,
toda la noche, en mi desvelo.

10.

Tierra que la guarda ahora
—montoncito de tierra
y un poco de savia en los árboles—.

Ramas sin marzo, sin viento,
metálicas, más de luna
que de árbol, casi de alma.

Esta vez no ha quedado nada
del día en mi mirada.
Noche demasiado lírica.

Ella estará aquí más presente
—viéndome completo—
que yo la creo sólo
puñadito de tierra
y un poco de savia en los árboles.

11. *Soledad*

Soledad imposible conmigo tan aquí
y mi memoria tan despierta.

Y además la plegaria
por la estrella perdida, tan sin luz,
por Blanca de Nieves, dormida
nube con luna en su ataúd de cielo,
y por el campo, ese hospiciano prófugo
que equivocó la senda y se tiró,
ya cansado, a la orilla del camino,
desesperando de llegar al pueblo.

Y hay también las canciones perdidas
que no se sabe nunca quién cantó;
y esta correspondencia sin palabras
de ojos a estrella, de alma a luz de luna.

12. *Adiós*

El pañuelo de espumas
del rompeolas me lloraba, ¡adiós!,
y en la noche aquel grito —aquella estrella—,
¡ven! Y mi corazón que era sólo
un temblor que cantaba, en medio,
y de mi hondura, hacia la nada,
ya sin mis ojos, yo.

Y mi nombre escrito en la arena,
y tu ascensión, luz, lumbre, sobre el mar;
luego de allá, lejos, la onda,
de aquí, de mí, la sombra
que todo lo borrraban.

El mar dormía
como nunca, y como si fuera
ya para siempre, sin mi alma.

13. *El tranvía*

A esta hora ese telegrama amarillo
ya sólo trae malas noticias:
un hombre, yo, tan agobiado...

¡Cómo abre —¡qué lívida!—
sus ventanas, leyéndolo, mi casa!

14.

Corolas de papel de estas canciones.
Se abren cuando al alba
nocturna de la lámpara
rompe a cantar ociosa
la ternura enjaulada entre los dedos.
Se cierran cuando Venus matutina
cae desprendida de su rama,
aún no madura y ya picoteada
por el frío del alba verdadera.

15. *Romance*

Niño Abril me escribió de un pueblo
por completo silvestre, por completo.
Pero yo con mi sombra estaba
haciendo sube y baja
en balanza de aire, a la ventana,
y el pasado pesaba más,
y se divulgó aquella carta
al caer a pasearse al bulevar.

Señor policía el cielo,
yo no hice aquel verso, no,
que la estrella que veis ahogada
sola a mi espejo se cayó.

Camino incansable, automóvil
para poetas, siempre a cien
kilómetros, y río que se va;

el cenit viene con nosotros,
el horizonte huye sin fin.

Niño Abril me escribía: «En junio,
ya no flor y no fruto aún,
¿qué prefieres, el pan o el vino?»
—Yo prefiero el vino y el pan,
y ser a la vez yo y mi sombra,
y tener cabal todo el campo
en mi árbol del bulevar.

Señor policía el viento,
yo no ando desnudo, no,
que la sombra que veis llorando
de un sueño mío se cayó.

Final

Palabras oscuras, que entonces
me parecían, ¡ay!, tan claras.
Hoy me estaría aquí pensando
hasta el alba, desesperadamente,
sin arrancarles un sentido:
¡tan de otro me suenan,
tan lejanas!

En cambio ésta aún no modulada
que en mí dirá una voz innata,
¡qué desnuda la siento,
que nueva aún y ya qué conocida!

Está en mí —y en ti, libro,
como un recién nacido en el regazo
frío de este silencio, este cadáver,
hoy, de aquellas palabras.

NUEVA NAO DE AMOR

(a E. U.)

1.

Primero amaneció para mis ojos.
Que yo estaba caído
en la cisterna de tu sueño,
y sin saber voltearme el corazón
y alzarme de puntillas en su vértice
a espiar *el alba de oro* sólo mía.

¡Qué sin eco mi llanto, hoy, nublándome
en mi elevada soledad sin ángeles,
esa aurora que no amanece nunca!

2. *Viaje*

Todo estaba embarcándose
en todos los puertos del mundo;
hasta los mares —albeante
iba su flotilla de nubes,
fueron dejando atrás la tierra;
hasta la tierra —¿a dónde, sed, a dónde?

Sólo tu casa, como un barco
muy viejo ya que no pudo soltar
sus amarras de yedra y rosas.
Y este lastre, y el ala del amor,
sin aire, inmóvil, en nuestra alma.

3. *Lunes*

Estas cinco ventanas
hasta de par en par, las siento
casi cerradas.

Y estos hierros en cruz, que han hecho
pedazos el suelo y el cielo
de mis paisajes —¡ay!, romperlos,
romperlos hoy, para que el alma
se asome, hasta caerse, a la semana.

Y al camino recién abierto,
al caminito nuevo
que lleva al mar, se vaya,
sin prisa —y grave— y lejos.

Un día u otro, al fin, la casa
se iba a quedar sin dueño.

4.

Qué ondulada y azul, la voz que dice
esa canción cercana,
nos acerca —¡qué disminuidas
y limpias!— las montañas.

Baja el arroyo de su baluceo
rayando el arenal de la inconstancia
con una estría verde

florecida de fáciles palabras:

*«Debajito del cielo, las nubes,
debajito del puente, las aguas,
debajito de mi pecho
esta pasión que me mata».*

Y tu mano en la mía —tú qué mía
y yo qué tuyo— y tus palabras
encarnando mi pensamiento.
... Por el mar, tras los médanos, el alba.

5. *Sonámbulos*

Vamos, doblados por el viento,
como los mástiles de un barco
muy pequeño...
Pero nos amamos tanto.

El mar está ensayando nuevos gritos
para cantar sus angustias antiguas,
pero nosotros sólo oímos el prodigio
que tiembla en tu garganta enmudecida.

¡Un faro! ¿Para qué, si vamos ciegos?
¿Cómo nos salvaría un faro?
Además, otro sol nos brilla dentro:
como nos amamos tanto.

¡Las sirenas! ¿Y qué, si vamos sordos?
¿Qué harán, para perdernos, las sirenas?

Esta noche no trae presagios lóbregos:
por tu mejilla aún rueda mi estrella.

6.

Yo lo que buscaba
era un pueblito relojero
que me arreglara el corazón.

¡ay! que adelantaba,
sonando la hora de otros climas
bajo el meridiano de Amor.

Lo que me faltaba
era el péndulo de tu paso
y el tic-tac de luz de tu voz,

¡ay! que constelara,
leontina de estrellas, mi pecho
para acordar y atar al tuyo
—corazón de pulsera— mi reloj.

7.

Te harían Cenicienta, Rosalía,
si en el cinematógrafo del cielo
filmaran cuentos de hadas.

¡Qué agilidad para elevarte, inmensa,
hasta el cenit de mi paisaje,
y qué humildad para volverte, luego,

a tus cosas, a mí, tan llenos siempre,
sin ti, de esta plegaria:

«Rosalía:
átate bien la luna, tu escarpín,
porque no vengan a llevártenos
a Dios, un día, para siempre».

8.

Guarismo que repite, interminable,
la huella de tu paso
sobre mi vida horizontal de ahora.

¡Qué dulzura del viaje, enarenados
ya los caminos de la tierra,
y resuelta en tu cifra
la X de las encrucijadas.

9. *Entresueño*

Una estrella que se corría
dejándote transfigurada;

mi voz, que te sostenía,
estrella tú, sobre la nada;

y tú tan alto, Rosalía,

y lejos, que no me oías,
y te caías.

10. *Dedal*

En el orbe de tu dedal, yo era,
con el cielo y el árbol, infinito,
y esta diminutiva
grandeza nuestra, tuya, me embriagaba.

Ya tenía resueltos los teoremas
que encierra el triángulo de tu sonrisa,
y, como un niño que no tiene
costumbre de pensar, me adormecía.

Y me veía desde el sueño denso
ir y venir, firme, infinito,
en tu meñique.

11. *Propósito*

Todavía mis ojos, por tus ojos,
en tu alma, como el día del encuentro;
que el amor, como siempre, nos presida,
pero ya nunca lo nombremos.

Mejor la insensatez de nuestra efímera
voz sonando en lo eterno,
puestos en entredicho tus románticos,
dueña, la Geometría, del sendero.

Luego la noche, que nos gane, hondos,
humillados al fin, para el silencio;

y luego la sal, mía, de tus lágrimas,
y mi frente, servil, sobre tu seno.

Para no separarnos, detener
el ritmo universal en nuestro aliento;
y ¡qué prisión!, después, sabernos solos,
pero tan frágiles y tan pequeños.

Y para no olvidarnos —y el olvido
míralo, en ti y en mí, mujer—, ¿qué haremos?

12. *Regreso*

Yo, solo, con mi sombra, ensangrentado
en la huída patética del sol;
yo, como otro árbol, junto a este árbol,
erguido entre un recuerdo y un temor.

Mi sombra, mucho más yo que yo mismo,
tal vez soñando en regresar,
se arrastra, larga, atrás, hacia el vivido
día breve de atrás.

Estarán esperándonos, soñándonos
más ricos que nosotros, al partir,
y volveremos con nuestro fracaso,
y tú qué larga, sombra, y sin abril.

Cómo nos mirarán llegar, qué negros
y qué mudos, las vírgenes sin hiel;
el júbilo fallido del regreso

cómo nos ahogará, sombra, también.

Arbusto ensangrentado, hacia el misterio
lanzo mis ramas, largas de aidez,
por ver si el huracán de mi lamento
me descuaja para volar tras él.

ESCORZOS

LA POMPA DE JABÓN

1

Aquel rostro, aquel libro, aquel paisaje,
y todo el iris y yo mismo, todo,
todo en tu agua sedienta
de imágenes.

2

Te saludan los pájaros, las cosas
todas afinan para ti
su mejor alba de sonrisas.

Y recuerdan tus viajes, cuando ibas
como un poco de río
redondo y frágil, por el cauce
innúmero del viento.

Y te recuerdan, Arca de Noé,
porque las regalabas a los niños,
transmutando en juguetería
de Noche Buena, el Mundo.

3

Y la vida niña soplándote,
oh pompa, oh árbol de cristal de alma,

por aquella raíz
que te ocultó en su seno Poesía,
y te era, en el cielo, rama en flor
y pájaro en la rama.

Y la vida, sin fin, sopládote,
sin fin, sin fin, burbuja de emoción,
hasta tu fin sin ruido ni violencias
—cuando mucho con un rocío amargo
y trémulo, como de lágrimas.

RASGOS

1. *Camino*

Aquel camino, desde la montaña,
con la hemorragia larga
de su barro,
baja,
poquito a poco,
hasta la botica aldeana.

El camino, después —¿o el río?—,
ya detrás de las casas
y ya envuelto
en blancas
vendas lúcidas.

El caminito, en la mañana.

2. *Pinar*

Apuntalamos aquel cielo
que se nos desplomaba, verdinegro.

Los que nos pasaban a lo lejos eran
—sombras chinescas
en la pantalla del crepúsculo—
nuestras sombras en otros mundos.

El cielo verdadero
estaba, afuera, preso,
y se asomaba entre los troncos, viéndonos
con su ojo de luna, huero.

Una estrella, la única, temblaba
sin luz en nuestras almas.

Y, si cerrábamos los ojos,
oíamos, platónicos,
como un zumbar de abejas
la música de las esferas.

3. *Camino*

¿Y aquel otro
caminito del cielo
por donde anoche fueron
nuestros ojos?

Cuatro príncipes iban sobre él;
cuatro pilares de aquel puente
que soñamos tender
del hoy al siempre.

¡Oh dolor, sin tu vino acedo
ni la píldora de opio de la luna,
ya estaríamos en lo eterno!

—... Y soñar en la fácil aventura.

CROMO

Las ovejas hicieron
de la senda un torrente
espumoso de encajes
almidonados con exceso,
en que hunden las piernas,
estrujándolos, los pastores.

Se lloran unas cosas
verdaderamente dramáticas,
que la del cencerro acompaña
golpeando con los árboles
el cielo cóncavo de bronce.
Van a inundar el pueblo
de nacimiento de allá abajo,
que no sospecha esta avalancha
de mármoles vivientes,
en que ya se escribieron
las palabras más lastimeras.

Pero las plañideras ilustres
—¡oh, Nausícaa, oh, Hernán Cortés!—
podrán tener su busto
de mármol en el pueblo:
un busto al natural
y hasta con gemidos y lágrimas
verdaderos.

EL LAGO

1. *Definiciones*

Río sin manantial ni océano;
conciencia diamantina sin ayer;
luciérnaga caída sobre el prado;
pupila insomne;
espejo celeste;
flor líquida;
cuna de marfil
para el corro de lanchas púrpuras
que meces en tus brazos
azules, muerto azul.

2. *Adán y Eva*

Brazo oscuro y sinuoso, la colina
ciñe (pero qué estrecho, hasta asfixiarle)
la cintura de luz del lago.

Tan apretadamente, que se llora
pensando en que no va a poder comerse
la manzana redonda de la luna,
que le ofrece en la boca
azul aquel arroyo serpentino.

3. *Ventana*

Al despertar, duchazo saludable
de sol y cielo y aire de la sierra,
para los macilentos que aún tememos
levantarnos en la ciudad
asfixiando de humo y gasolina.

Es también un trocito azul del lago
con que adornaron nuestra celda,
como con el retrato de una novia
que, desde el marco, nos reprocha
cada noche de ausencia.

4. *Alba*

¡El sol! ¡El nuevo sol! Midas que hasta
las voces con que le apostrofo
me las torna de oro.

¡Qué ganas de quitarnos
nuestros trajes de oro, Moctezuma
para que el sol conquistador mirara
todavía de carne viva y tórrida,
la sombra de tu cuerpo
y mi cuerpo de sombra!

5. *En lancha*

Remando por el cielo y por el agua
pasa una cerca de nopales,

piragua innumerable
cargada de crepúsculo.

6. *Instantánea*

Tras la diurna función, el tramoyista
del crepúsculo recogió
sus trucos de escenografía.

Los paseantes se guardan los prismáticos
con un poco de desencanto,
y en los estuches de la Kodak
esconden lo que pueden del paisaje.

Y el horizonte, devastado
por la rapacidad
de los turistas y la noche,
va emigrando a mi corazón
—por el río de luz de mi mirada—
en los lanchones, desbordados
de recuerdos y de silencio.

7. *Elogio*

Las palabras más ricas,
menguante aurirrosado de la luna,
se me van por el lago, verticales,
en una temblorosa exaltación,
a colgarse de ti.

Que los poetas —que todo lo sueñan—

y los amantes —que lo tienen todo—
son aquí tus mendigos humillados.

8. *En lancha*

Venía persiguiéndonos, la vieja
barca oxidada de la luna,
con su carga de amantes populares.

Era menos plebeya
nuestra lancha, y más rápida:
la dejábamos lejos, y de pronto
chocó en un pico de la sierra:

nadie contó las víctimas,
pero su sangre oscura
era océano sobre el lago.

9. *Colores, 1*

La colina, rosada, en el agua,
y la sierra, azul, en el agua,
y el sol, caído y púrpura, en el agua,
y la orla de manto de la orilla,
verde bordado de la primavera
colegiala, imperfecto, sobre el agua.

Mi mirada, clara y vehemente,
de un cristal más limpio que el agua,
iba a todas las cosas, sobre el agua.

10. *Colores, 2*

Luego vendrán, modistos, el crepúsculo
y la luna de siempre,
y el maniquí geométrico del monte
se verá en el azogue del lago
su túnica de grana,
de iris, de oro, de plata.

Hasta que se muera la luna
y le guardemos, todos, luto.

11. *En lancha*

Cuando hasta en las pupilas fue de noche,
las lucecitas de la orilla
salieron a encontrarnos, alargándonos
sus brazos temblorosos sobre el agua.

¡Qué largo escalofrío el nuestro, entonces!,
porque todos sabíamos historias
en que Caperucita se perdía
en la boca de lobo de la noche.

¡Qué lástima!, ¡qué lástima!
Daba aquello tal pena,
que, como no podíamos salvarlas,
apretando los ojos, las matamos.

12.

Pasamos esta noche, mar, soñándote.
Vientos de fronda que de ti llegaban,
burlando el espionaje de los montes,
nos hicieron pensar si prolongabas
hasta nuestro rincón de aldea y lago
—tan bovino, tan manso, tan hesiódico—
tu rebelión interminable.

Como el nublado al cielo sus estrellas,
nos saquearon la troje de los sueños
—igual que otras, ayer, al vecindario—
tus vientos insurrectos.

13. *Aprendizaje*

Arroyo recto y lúcido:
eres como mirada de discípulo
con que el ojo del lago
aprende la quietud de las montañas.

El día que no corras
será que el lago, muerto,
habrá aprendido ya a cerrar los ojos,
o que se los habrá cerrado, mano
celestes y femenina,
alguna nube.

14. *Zirahuén*

Eres, mío, más dulce que tu nombre,
tan dulce, sólo, como tú.

Se te parecen algo al manso párroco,
los ojos de los asnos, mis palabras,
y la colina, frágil, bajo el sol.

15. *Adiós*

Cuán entrañablemente me dolía
arrancarme mis ojos de sus ojos,
que ataba con cadenas de cristal
mi feliz vasallaje de mirarle.

Si hasta el tren —¡qué lento se iba!—,
hasta el tren lo sentía y se marchaba
asonantando el suyo al paso de la tarde,
cargando su recuerdo —también vidrio—
como con miedo de romperlo
si saltaba, corriendo, las montañas.

Todavía, por un claro del monte,
sacó un brazo redondo y lúcido
para despedirme. O sería
más bien para retenerme.

~ LÍNEA ~

SOMBRA

Mi estrella —óyela correr— se apagó hace años. Nadie sabría ya de dónde llega su luz, entre los dedos de la distancia. Te he hablado ya, Natanael, de los cuerpos sin sombra. Mira, ahora, mi sombra sin cuerpo. Y el eco de una voz que no suena. Y el agua de ese río que, arriba, está ya seco, como al cerrarle de pronto la llave al surtidor, el chorro mutilado sube un instante todavía. Como este libro entre tus manos, Natanael.

EL HERMANO DEL HIJO PRÓDIGO

Todo está a punto de partir. Una cruz alada persigna al cielo. Los militares cortan las últimas estrellas para abotonarse el uniforme. Los árboles están ya formados, el menor tan lejano. Los corderos hacen el oleaje. Una casita enana se sube a una peña, para espiar sobre el hombro de sus hermanas, y se pone, roja, a llorar, agitando en la mano o en la chimenea su pañuelo de humo.

Detrás de los párpados está esperando este paisaje. ¿Le abriré? En la sala hay nubes o cortinas. A esta hora se encienden las luces, pero las mujeres no se han puesto de acuerdo sobre el tiempo, y el viajero va a extraviarse. —¿Por qué llegas tan tarde?, le dirán. Y como ya todas se habrán casado, él, que es mi hermano mayor, no podrá aconsejarme la huída.

Y en la oscuridad acariciaré su voz herida. Pero yo no asistiré al banquete de mañana, porque todo está a punto de partir y, arrojándose desde aquí, se llega ya muerto al cielo.

ESPEJO VACÍO

Busco desde mañana hasta el último día recordado
no puedo ver dónde te olí primero
supiera al menos en qué ángulo te deshojaste desvelada
aquel día fumabas para hacerte máscaras de humo
ahora ninguna te disfraza más que el aire
esa sombra a la izquierda del sol es la que te desnuda
ahora es la mitad negra de tu rostro la exacta
tu realidad es el misterio de la palabra que nada nombra.

Sufro tu voz caída poesía
se movía en árboles y se unta ahora en mudas alfombras
sabes que hay voces que nunca se muestran desdobladas
algunos maniqués mal enseñados nunca giran
hacen girar en torno suyo a las que quisieran comprarlos

Ya no sé cuantos rostros hay que tirar para ser ángeles
he esperado hacia atrás el año de los vicios impunes
los gano sólo para esta sombra inmerecida
mírala regarse también en la tierra para oírte.

VIENTO

Llega, no se sabe de dónde, a todas partes. Sólo ignora el juego del orden, maestro en todos. Paso la mano por su espalda y se alarga como un gato. —Su araña es el rincón; le acecha, disfrazado de nada, de abstracción geométrica. Parece que no es nada su arrecife al revés. Y llega el viento y en él se estrella, ráfaga a ráfaga, deshojado. Queda un montón de palabras secas en los rincones de los libros.

Me salí a la tarde, a donde todas las mujeres posaban para Victorias de Samotracia. Las casas cantaban *La trapera*, precisamente. Las norias de viento ensayaban sus códigos de señales, que sólo yo entendía. Por eso todos me preguntaban la hora. Llevaba atada de mi muñeca la cometa del sol.

En aquel paseo conocí también a la Hermana Ana, conserje de un hotel, encargada de abrir todas las puertas, incansablemente, para ser guillotizada por la última. A Barba Azul ya lo llamaban cielo.

X

A todas las amamos, obedeciendo a sus clásicos, sin preguntar sus nombres. Ahora a ti voy a amarte sin preguntar tu cuerpo. Huyes deslizándote en el trineo del frío. Los perros del viento tiran de él. Llevas en la mano una estrella, pero esto no es seguro, porque los domingos hasta las luces más humildes sacan sus mejores galas y se visten de estrellas. Alguien, emocionado, te descubre en la Osa Mayor y te retrata en un planisferio. Te pone un nombre griego o te llama como a sus pobres héroes. Pero tu nombre sólo yo lo sé. El sol no me deja oírlo, el ruido te me borra, me hacen olvidarte; pero de noche yo te sé. Nombre que nada nombras, nadie te impondrá acentos ortográficos, nadie te sujetará, inmóvil y relativamente eterno, en el epitafio de los diccionarios, Innombre.

ANTI-ORFEO

Pasa el ciclista pedaleando la pianola de la lluvia. Mi máquina empieza a escribir sola y los tejados tartamudean telegrafía. Alargamos al arpa dedos de miradas. La luz pasa de incógnito, y ni dentro ya de la sala nos permite alzarle el velo. Nuestras manos contra la ventana chorrean sangre. El crimen fue romper los violines de nuestras corbatas; la mía lo mereció: quería tocar marchas triunfales, y ya sabes que en esta casa no se disimulan desórdenes. Pero la tuya, Orfeo, no, que era sólo una corbata de toses.

Al cielo le gritaremos que el buen juez por su azul empieza el aseo, que coja esa espuma y que se seque los ojos. Está encerrado, llora y llora, castellana cacariza, en el torreón al revés del pozo.

Esos hombres están enamorados de la noche; abren el paraguas para llevar consigo, sobre sus cabezas, un trozo de cielo nocturno. ¿Linneo no era tan lince? Olvidó esos árboles transeúntes.

Cerramos los ojos, para reconocernos. Pero nos duelen recuerdos imaginarios. Una forma se precisa. El aire se hace más y más delgado, conmovido, para entrar por la cerradura a la pieza vecina, donde alguien llora. Nuestra forma aprende caricias de consuelo. Entonces yo, para no recordar a Verlaine, dije tu nombre. Un murciélago echó a volar en pleno día, bajo tu tos —quise decir, bajo la lluvia.

RAÍCES GRIEGAS

Le ponen un trozo de hielo sobre la frente. El pelo negro, liso, lo estaña y es un espejo. Sostiene así, sobre su cabeza, buen equilibrio, todas las luces del bar. Su compañera, para disculparse o para desquitarse, se vuelve a sonreírnos. Viéndose en el hielo, se alarga los ojos, saca un tubo de sangre para enrojecerse el corazón que le cuelga, como esas argollas de los salvajes, de la nariz.

Pero nosotros estamos tristes por el griego inasible del médico. No recordamos si elogió nuestra euforia o nos recomendó una cierta eutrapelia sabatina. Si hablara un español más elegante, menos sabio, no dejaríamos sin respuesta a esa mujer que se retuerce, de pie, escribiendo en el aire una lambda griega, triangulizando sus piernas un trozo del pavimento.

REMORDIMIENTO

Le cerraría a esa tarde que entra de noche sin despertarme
un pez vuela a mi sueño sin arrugar la piel de espejo del agua
me debiera cortar su frío contacto
la sombra empieza a sangrar ruidos si la hiere la luz más mínima
los mineros que nacen de los antípodas huelen día mi noche
cómo sería mi sueño siguiente sin nada más que yo muerto
mi yo mío mirándome sin ojos

A todas horas es aquella hora siempre
muerta
el paso de los marinos hacía de la tierra otro barco más grande
el mar se quitaba corpiños a cada ola un poco más delgado
yo no hubiera creído nunca la Odisea sin el viento hojeándola
un borracho iba del bar al horizonte con un balanceo armonioso
qué Diógenes me dictó aquella dura palabra me duele sin herida
si Dios me tapaba el sol es que era suyo

POEMA EN QUE SE USA MUCHO LA PALABRA AMOR

Comienza aquí una palabra vestida de sueño más música
llevas puñados de árboles en el viento pausado de Orfeo
en los ojos menos grandes que el sol pero mucho más vírgenes
mañanas eternas y que llegan hasta París y hasta China
ese otro ojo azul de párpados de oro en el dedo
no sabrías sin él Niágaras a tu espalda de espuma
tampoco el sueño duro en que ya nada cabe como nada en el
 huevo
iba el sabio bajo la fábula y volvió la cabeza
nadie sino él mismo recogía las hierbas desdeñadas
así me lloro vacío y lleno de mi pobreza como de sombra

O acabo de inventar la línea recta
todo el horizonte fracasa después de sus mil siglos de ensayos
el mar no te lo perdonará nunca mi Dionysos
recuerda aquella postura en que yo era tu tío y que ha
 eternizado
otra fotografía desenfocada por un temblor de tierra en la luna

VIENTO

Cuando quise volver, no había ya nadie más que aquel frío seco, en cuclillas, fakir famélico. Cogí un rincón de mi recámara y me lo eché sobre los hombros. La noche me quitaba esta sábana para el hijo mimado. La pared se alejaba jugando con él.

Me puse a mirar el Niágara que habrá, detrás y arriba, y la instalación de turbinas necesaria para alimentar alfa voltios de soles y de estrellas. Le pregunté a Esopo a qué hora llegaría: «Anda», me dijo, pues quería calcular la velocidad de mi marcha y la fuerza de mis ideas generales. Pero ahí estaba el viento, para contar mis versos con los dedos. Deshojaba unas margaritas negras, y el último pétalo decía que no invariablemente. En vano denuncié a gritos la trampa. Todas las casas estaban ciegas y sordas como tapias. Hasta las paredes. Hasta los que usan monoclo habrían llorado.

Llamé tan fuerte, que se cayó una estrella: «Formula un deseo», me dijo mi ángel. Entonces abrí el estuche de terciopelo negro y fui sacando las cosas del mundo, poco a poco, ordenándolas. Alguien, sin despertar, dejaba de dormir y lloraba. El sol espiaba cauto entre dos lomas si ya lo había arreglado yo todo, como los cómicos que miran por su agujerito del telón el estado del público.

Sonó el cencerro, al cuello de la iglesia, y las casas echaron a andar rumbo al campo y llegaron a mí, que no podía ir a ellas.

ALEGORÍA

Hemos perdido el tren. ¡Qué gusto! ¡Qué pena? Abrimos las maletas; cada recuerdo vuelve a su sitio. Nos leen libros sin importancia. Nos miman, nos gradúan paulatinamente en gastronomía.

Luego salimos a la calle, y al gritar que nos han robado — ¡pero si no acusamos a nadie!— hay un señor patético que ofrece: —Que se me registre.

Es un vendedor de almanaques. Vocea *El más antiguo Galván*. Se tiñe de cristal las barbas y parece lampiño. Es posible que no tenga, en efecto, nuestro reloj. ¿Vamos haciendo el inventario? Una guadaña cortaplumas, en la muñeca un reloj de arena. Alguna bolsa secreta, sin embargo, nos faltará por registrar. Nuestros compañeros no saben zoología, pero ya hemos advertido en él cosas de canguro.

Lo desnudamos al fin y lo sacamos a él mismo, todo de oro, de su bolsa de marsupial. Luego la cosa es muy aburrida, porque tiene él otra bolsa, en la que también está él, que a su vez tiene otra bolsa...

¿Cuándo acabaremos de leer a Proust?

NAIPE

Estoy escuchando tras de la puerta. No es correcto, pero hablan de mí: he oído mi nombre, Juan, Francisco, que se yo cuál, pero mío. El hombre que es sólo una fotografía de mi padre —nada más, en la noche, el rostro y la barba más blancos que la blanca—, ese hombre afirma que es yo; alza la voz: «... como me llamo...» No oigo bien el final, pero comprendo que ha pronunciado mi nombre, pues de pronto se le ha oscurecido el rostro también, y ya sólo se ve su barba caudal.

Vamos por esa alta vereda, una línea sólo, un alambre a lo más, del filo de las doce. Y cabe él a mi lado, sin embargo, porque es el retrato de mi padre. Si cambiara su paso, si no fuera tan igual al mío, para no sentirme tan solo; si su voz sonara distinta, y en otra boca que la mía, para no mascarme la lengua.

Hay una lámpara a la derecha; acaso el sol. En ella se suicidan mariposas de rostro mal recordados. Él, como está desnudo, se empeña en ir del otro lado, vestido de mi sombra; es tan leve, que le basta apoyarse en la sombra de mi bastón para no cansarse nunca.

En este naipe se dibuja, arriba, un *jack* de corazones, en la mitad de abajo un rey de espadas insomne, que es su reflejo absurdo, limitados por la línea invisible del filo de las doce. Pues soy demasiado lampiño para mi sombra, espejo que anticipa medio siglo la imagen.

POÉTICA

Esta forma, la más bella que los vicios, me hiere y escapa por el techo. Nunca lo hubiera sospechado de una forma que se llama María. Y es que no pensé en que jamás tomaba el ascensor, temía las escaleras como grave cardíaca, y, sin embargo, subía a menudo hasta mi cuarto.

Nos conocimos en el jardín de una postal. A mí, bigotes de miel y mejillas comestibles, los chicos del pueblo me encargaban subsituirlos en las memorias de sus novias. Y llegué a ella paloma para ella de un mensaje que cantaba: «Siempre estarás oliendo en mí.»

Esta forma no les creía. Me prestaba sus orejas para que oyera el mar en un caracol, o su torso para que tocara la guitarra. Abría sus manos como un abanico y todos los termómetros bajaban al cero. Para reírse de mí me dio a morder su seno, y el cristal me cortó la boca. Siempre andaba desnuda, pues las telas se hacían aire sobre su cuerpo, y tenía esa grupa exagerada de los desnudos de Kisling, sólo corregida su voluptuosidad por llamarse María.

A veces la mataba y sólo me reprochaba mi gusto por la vida: «¡Qué truculento tu realismo, hijo!» —Pero no la creáis, no era mi madre. Y hoy que quise enseñarle la retórica, me hirió en el rostro y huyó por el techo.

LA INHUMANA

Que encienda la ventana de su asfixiado interior impresionista
la robaré a esa noche que mella sueño a sueño su contorno
aguda pero afuera
sea el brillo rígido ya de un litoral sólo de proas todo
dibujo de palabras de menta que cuelga un frío del mediodía
todos cabalgando sus sombras y ella diáfana y ella sí libre
sin más que un iris a sus pies de vidrio tatuada de sonrisa
sin sombra sin Narciso afuera afuera.

VIENTO

Recuerdo el paraje del aire donde se guardan las cartas perdidas, las palabras que decimos, cuando pasa un tren, seguros de no ser oídos, y los globos de colores que el cielo va deshaciendo —bolas de caramelo—, cada vez más pequeños hasta ser sólo un punto en su boca azul, y luego nada, sino el llanto, abajo, de los niños a quienes se escaparon.

Alí Babá llega todas las mañanas a guardar ahí su botín; por la noche, cuando baja a la tierra y al mar, vigila su retrato, que es sólo un espantador eléctrico. Sin el espantapájaros estas cosas se echarían a volar.

También recuerdo una gruta submarina en cuyo hueco se había quedado prisionero, para siempre, un poco de viento. Con los años habían enmudecido y estaba paralítico. Entre las rejas de algas se asomaban los peces chicos, enseñándole la lengua, y cuando el viento jugaba, afuera, a la tormenta, el agua se vengaba oprimiéndolo para ahogarlo; crujía tremendamente su carne inasible, y en vano se defendía hundiéndole al agua balas de burbujas.

Y recuerdo también esa hora del sueño donde se esconden los hechos que la vida desdenea. Yo pasaba todas las noches, y arrancaba a hurtadillas algunas imágenes. Como el sol me las borraba, empecé a guardarlas en un libro de versos. Pero ahí estaban más muertas todavía.

TEOLOGÍAS

Como caía la tarde, el techo se levantaba, poco a poco, hasta perderse de vista. Y como las paredes huían también, agazapándose, pronto la sala dejó de serlo, ilimitada. Al fondo estaba el hombre grueso y vehemente a quien mal llamábamos Chesterton. Entre sus dedos sólo Milhaud respiraba.

Y como apenas íbamos al final, no había sucedido sino la música. No, no. También había sucedido, un poco, la pintura.

Mientras sus hermanas destrozaban al músico, Eurídice se lamentaba, bisbiseando, a mi lado. Parecía una feminista, pero eras tú: —Sacamos siempre la peor parte. Si es una la que vuelve, ya se sabe, estatua de sal. Y, si Orfeo vuelve el rostro, es a una y no a él a quien de nuevo encierran en el infierno. No es justo, pero es divino.

Yo quería advertirte que en griego se dice de otro modo, pero por aquel tiempo empecé a tener la misma edad de los personajes de mis sueños, para enseñarte a morir sin ruido. Me interesaban dos fichas o fechas equivocadas y, si te hablaba, era sólo de ausencias, de manera que las palabras se resignaran a hacer tan poco, tan casi nada, tan nada de ruido como el silencio. Y nos sentíamos llenos de algo que por comodidad llamamos simplemente Dios. Pero era otra, otra cosa.

EL ESTILO Y EL HOMBRE

Tengo el oriente a mi derecha; ¿qué hace entonces frente a mí la Cruz del Sur? Alguno me explica la cuna y el sepulcro equidistantes, y Dante grita en medio del camino de la vida. Inútil, no llegaré jamás a los cuarenta, ni en mil. Mis amigas se alarman de lo lúgubre de mis ideas. Exponen ejemplos: Julieta extiende su abanico, para que el otro suba por él; los ángeles desatan sus cabellos por los agricultores que lloraban la sequia; el champán se hace albino y el vino de Lesbos sólo las mariposas, en sus consonantes desbordado, pueden libarlo.

Apollinaire y las muchachas en Chapultepec. Queda el eco del agua que caía. Eco que huele —tierra húmeda, que tiene sabor—, aire húmedo; y color —y los siete del iris. Eco suave de acariciar, en los cabellos húmedos.

Todas las barcas pastan silenciosas. Las niñas riegan sus mejillas, ensayando injertos de jardinería con los muchachos, con los perros, con su propia mano. Barajando coches, el camino cartomántico organiza los raptos. Se juega al águila o sol, el águila se duerme y el sol se pone. Mueren al unísono 2222 cisnes; alargando hacia arriba los cuellos, son más bien 7777 al revés. Les falta director de orquesta y no pudieron ensayar antes nunca. Su música desnuda los árboles y pasa junto a los niños, hiriéndolos en piel de flor. Caen, herida de muerte, mi sensualidad.

Empieza a soplar un norte de librería. Los libros van quedando desnudos de hojas, las almas de pasiones. La última mano «lilial», «anémica», se agita en el andén. No se sabe de fijo si es mano o un pañuelo, porque los gemelos no se utilizan casi nunca para leer poemas. Un frío maravilloso, redondo y blanco, de hielo cósmico, llega directamente desde la Vía Láctea hasta mi nariz, como dicen que enseña Herr Hannz Hörbigers.

NOVELA

En el país donde los hombres se quitan la corbata y el paladar para comer, anocheció una vez un frac, complicado a la derecha por una gran sombra blanca. Había mujeres que salían a la ventana y abandonaban la mejilla sobre cojines de carne. Los domingos, el sol hacía impresionismo, incapaz de dibujar nada; los arboles eran una sola mancha verdinegra; pasaron los atletas de la gran carrera, y se deshacían entre la niebla como los radios de una rueda que gira; las casas, olvidando su vital geometría de verticales y horizontales, se retorcían de humo en un gótico, o un mudéjar, no recuerdo, insufrible. Nuestra Señora de la Aviación estaba al pie de todas las figuras, soplándolas hacia arriba.

Después, un hijo del Greco me dio la noticia de que mi cuerpo iba a aquel frac excéntrico. Desde entonces era ya demasiado joven para no asombrarme de nada. Además, mi sombra blanca se llamaba muy lindo: *Beginning, Maybe*, quién sabe cómo. Si brillaban los ojos, era por sombra niña; pues no tenía pasado. Yo sí, pero lo cambié por un libro.

Cuando las seis hijas de Orlamunda —la menor está muerta— hallaron la salida, se dieron cuenta de que continuaban adentro. Eran el cortejo de bodas, y lo echaron a perder todo con sus lamentos. «Tendrás que trabajar», me lloraba mi madre. Entonces le pedí a Nuestra Señora de la Aviación que me soplara hacia arriba, pero los milagros estaban prohibidos. La sombra blanca pesaba ya de mármol a mi diestra, y me creí vestido para la inauguración de una estatua memorial. Mi discurso era correcto: —«Mármol en que doña Inés...»— y, sin embargo, tampoco este año voy a veranear a una estrella.

PARTÍA Y MORÍA

La casa sale por la ventana, arrojada por la lámpara. Los espejos —despilfarrados, gastan su sueldo el día de pago— lo aprueban.

En ese cuadro en que estoy muerto, se mueve tu mano, pero no puedes impedir que me vea, traslúcida. Acabo de ganar la eternidad de esa postura, y me molesta que me hayan recibido tan fríamente. No me atrevo a dejar el sombrero; le doy vueltas entre mis dedos de atmósfera. Los tres ángulos del rincón me oprimen cerrándose hasta la asfixia, y no puedo valerme. Ese marco rosado no le conviene al asunto. Déjame mirarme en tus dientes, para ponerle uno del rojo más rojo.

Los números me amenazan. Si los oigo, sabré todo lo de tu vida, tus años, tus pestañas, tus dedos, todo lo que ahora cae inmóvil, como en las grutas —espacio de sólo tres dimensiones.

Nada. Vivimos en fotografía. Si los que duermen no soñarían, creerían estar soñando. ¿Qué negro ha gritado? Vamos a salir desenfocados, y se desesperará el que está detrás de la luna, retratándonos. El viento empuja el cielo, pero tú dices que ha bajado el telón de la ventana. Duérmete ya, vámonos.

INTERIOR

Las cosas que entran por el silencio empiezan a llegar al cuarto. Lo sabemos, porque nos dejamos olvidados allá adentro los ojos. La soledad llega por los espejos vacíos; la muerte baja de los cuadros, rompiendo sus vitrinas de museo; los rincones se abren como granadas para que entre el grillo con sus alfileres; y, aunque nos olvidemos de apagar la luz, la oscuridad da una luz negra más potente que eclipsa a la otra.

Pero no son éstas las cosas que entran por el silencio, sino otras más sutiles aún; si nos hubiéramos dejado olvidada también la boca, sabríamos nombrarlas. Para sugerirlas, los preceptistas aconsejan hablar de paralelas que, sin dejar de serlo, se encuentran y se besan. Pero los niños que resuelven ecuaciones de segundo grado se suicidan siempre en cuanto llegan a los ochenta años, y preferimos por eso mirar sin nombres lo que entra por el silencio, y dejar que todos sigan afirmando que dos y dos son cuatro.

HISTORIA SAGRADA

Se hablaba de un desfile de camellos bajo el arco de triunfo del ojo de las agujas. De remolcadores como tortugas, bajo el puente de Brooklyn. Un niño levantaba en su diábolo ese paisaje en el que Cristo araba el mar. Sembraba amor, pero los periódicos se obstinaban en hablar solo de tempestades. Lo demás sucedía, todo y siempre, submarino, subterráneo y subconsciente. Un ciego cogía el arcoíris e improvisaba solos de violín en el horizonte. Pasaban los aeroplanos sobre el alambre de su estela, tendiendo ropa a secar. Las nubes no se cuidaban de merecer nada. El cielo marinerero fumaba echando el humo por los ojos. Y como era día del juicio, todos los gallos tocaban sus cornetas, anunciando la noche.

Después del Diluvio, el camino cojeaba un poco; le dieron las muletas de un puente. Unas mujeres le prendían sobre la espalda banderillas de lujo. También yo cojeaba, herido en el tendón del muslo por el ángel nono, en la escalera de la noche. La cerca de piedra se reflejaba exacta en el camino. La sierpe de piedra tenía en su boca la manzana. De cerca parecía un árbol redondo, pues estaba verde. Por eso la mujer no se la comía toda. Adán lloraba por la frente: «¿Tú crees aún en la cigüeñas?», le interrumpía su pérfida esposa. Y todos estábamos tristes, porque ya por entonces sólo era el Verbo solo.

Pero, en realidad, yo había empezado el libro por el índice.

MARAVILLAS DE LAS VOLUNTAD

Oh, Miss Hannah, ¿quién tuvo la culpa? —Tú, atada al mármol, ¿no lo eras también, helada y virgen? Oh, Miss Hannah, Capicúa: lo sajón te lo leía yo en el rostro, pero en el pie mis amigas, que te lo veían inmenso, todo el Oriente en los suyos tapatíos. Capicúa. —Ay, tu sajona voluntad sin empleo.

Una luna rival cortó afilada el candado de los leones verdaderos. Miss Hannah, atada al árbol, para devorada de mentirijillas, y el Director que huía, y las armas inútiles por sus balas de salva, y sálvese el que pueda, y Miss Hannah no podía, y el héroe no lo era tanto, y ella era la Ingenua en aquella película, pero aún no la escena en que tenía que llorar y no lo había ensayado.

La elegancia, decía Brummel, es pasar inadvertido. ¿Qué más la vida, en aquel trance? Pero desaparecer era imposible, y su terror, creciente voluntad de salvarse, y deseo y logró convertirse en maniquí. Los leones no pierden el tiempo devorando paja, pues ignoran las ventajas de ser vegetariano. Si husmean carne cerca, la respetan.

Pero ya maniquí, ¡adiós voluntad!, jamás serás la Ingenua. El Director dice que sí, y te adapta un curioso mecanismo para terminar la película. La empresa sale ganando tu sueldo fabuloso y yo este sueño capicúa.

AUTORRETRATO O DEL SUBWAY

1. *Perfil*

Viento nomás pero corregido en cauces de flauta
con el pecado de nombrar quemándome hijo en un hilo de mis
ojos suspenso
adiós alta flor sin miedo y sin tacha condenada a la Geografía
y a un litoral con sexo tú vertical pura inhumana
adiós Manhattan abstracción roída de tiempo y de mi prisa
irremediable
caer
fantasma anochecido de aquel río que se soñaba encontrado en
un solo cauce
volver en la caída noche al sube y baja del Niágara
qué David tira la piedra de aire y esconde la honda
y no hay al frente una frente que nos justifique habitantes de un
eco en sueños
sino un sonámbulo ángel relojero que nos despierta en la
estación precisa
adiós sensual sueño sensual Teología al sur del sueño
hay cosas ay que nos duele saber sin los sentidos

2. *Vuelo*

Ventana a no más paisaje y sin más dimensiones que el tiempo
noche de cerbatana nos amanecería un sol de alambre sólo
hay pájaros que no aclimatan su ritmo a un poco balas
ríos alpinistas que nacen al nivel de sueños sin pájaros

y no se mueren ni matan a balas perdidas que nadie ha gritado
ahorcada cortina forma dura que corriges mi inglés y mi julio
mi pulso insegura línea fría del frío bailada de electricidad
alambrista
enjaulados nosotros o el tiempo cebra inmóvil patinadora en
llamas
la prisa une los postes la reja es ya muro se despluma contra él la
plegaria
pisada lineal los numerales hacen hoy más esta ciudad una mera
hipótesis
recuerdo una sonrisa que yo sabía pronunciar delgado la llamaba
Carmen de ti
y alguien era más sensual y más puro
y qué pena en realidad el sueño no se casa con sus amantes
y se amanece al fin de cuando en vez de nieve espuma de un mar
más alto
llamésmola en llamas Jesús

EL LLAMADO SÁNDALO

La mejor olvidada se alza ahora con sus cosas de humo, blanca, a pensarme dormido. Pero, si no la sueño, ¿para qué ese afán suyo de sustituir con figuras sus palabras? Así no se conversa despierto. No dice: Casa; traza su uña unas líneas muy finas, blancas, sobre la noche azul, y es el proyecto en heliograbado de una casa.

La fachada no tiene importancia. La reja sí: repite ese dibujo que en sánscrito, lectores de diccionarios, quiere decir sándalo. Pero es simplemente de hierro. Se abre de guillotina. No es necesario gritarle sésamo, mentira. Y es mejor pasar a través de ella, pues el dibujo, al desgarrarlas, deja las ropas olorosas a su raíz sánscrita. Entonces se es, nada más y basta, sensual.

Yo conocía una quimera; no son demasiado escalofriantes. Se parecen a los querubines. Nada más la cabeza alada, que de noche, en la sombra, hasta sin viento, sube a golpear los cristales de todos los balcones. La bauticé muy raro: Lupe, y era la música. En esto no entraba el corazón para nada, pues era vecina de Pitágoras. Otra vez Descartes cerró los ojos, ante su estufa nórdica, y no escribió un discurso. Aprendió que hay un ojo y una lengua en cada poro. ¿Y aquella caverna en que me perdí, de niño, para encontrarme sabores?

Porque la carne no es tan triste —¡bah!— ni cuando se sueñan raíces sánscritas. Mañana, ¡y qué!, *memento, homo*, es el cubismo.

ESCENA DE MELODRAMA

La miro perderse, nacida de mi mano, por un paisaje urbano que mis ojos sacuden para limpiarlo de nubes o de polvo. Es que la recuerdo olvidada. Dura, sale virgen del día, pero ya no del todo blanca. Su hermana, gris, va marcando como una señal imperceptible las casas en que habrá, al día siguiente, escenas desgarradoras. Me encantaría que vivieran en la casa de enfrente. Acaso tienen secretos.

Mi sombra encuentra fácil saltar por el balcón, silenciosa. El código no es muy severo en este punto. ¿El primer electricista lo sabía? Se hubiera ahorrado tantas escenas de celos el Olimpo. Una lluvia de oro es demasiado rastacuera, se llama el sistema capitalista y todos lo saben. Los cisnes hacen demasiado ruido golpeando el agua retórica. Los toros se prestan a alusiones demasiado fáciles. Pero una sombra. . Más sabia su esposa, que se daba vestida de nube.

Como no quedan huellas, casi no es pecado. Y mis palabras tienden del mío a su balcón un puente. Tan frágil, que sólo se aventuran por él pensamientos sonreídos, como niños. Por él llega hasta mi cuarto su hermana, que no existe. Se recarga, gris, en el muro. Inmensa y gris. Y cantamos la misma voz. Cantamos alargando desesperadamente, como sombra en el muro, las palabras. Porque nos parece que enfrente hay alguien que sólo espera el desenlace de nuestra canción para suicidarse. Y queremos salvarle la vida, pues ¿por qué lo hace, si una sombra no deja, casi, huellas?

~ PERSEO VENCIDO ~

A JOSÉ VASCONCELOS

MADRIGAL POR MEDUSA

NO ME sueltes los ojos astillados,
se me dispersarían sin la cárcel
de hallar tu mano al rehuir tu frente,
dispersos en la prisa de salvarme.

Embelesado el pulso, como noche
feliz cuyos minutos no contamos,
que es noche nada más, amor dormido,
dolor bisiesto emparedado en años.

Cante el pez sitibundo, preso en redes
de algas en tus cabellos serpentinos,
pero su voz se hiele en tu garganta
y no rompa mi muerte con su grito.

Déjame así, de estatua de mí mismo,
la cabeza que no corté, en la mano,
la espada sin honor, perdido todo
lo que gané, menos el gesto huraño.

SIMBAD EL VARADO
(BITÁCORA DE FEBRERO)

Encontrarás tierra distinta de tu tierra, pero
tu alma es una sola y no encontrarás otra.

SIMBAD EL MARINO

Because I do not hope to turn again
Because I do not hope
Because I do not hope to turn.

T. S. ELIOT

Día primero,

EL NAUFRAGIO

Esta mañana te sorprendo con el rostro tan desnudo que
temblamos;
sin más que un aire de haber sido y sólo estar, ahora,
un aire que te cuelga de los ojos y los dientes,
correvedile colibrí, estático
dentro del halo de su movimiento.
Y no hablas. No hables,
que no tienes ya voz de adivinanza
y acaso te he perdido con saberte,
y acaso estás aquí, de pronto inmóvil,
tierra que me acogió de noche náufrago
y que al alba descubro isla desierta y árida;
y me voy por tu orilla, pensativo, y no encuentro
el litoral ni el nombre que te deseaba en la tormenta.

Esta mañana me consume en su rescoldo la conciencia de mis
llagas;
sin ella no creería en la escalera inaccesible de la noche
ni en su hermoso guardián insobornable:
aquí me hirió su mano, aquí su sueño,
en Emel su sonrisa, en luz su poesía,
su desamor me agobia en tu mirada.

Y luché contra el mar toda la noche,
desde Homero hasta Joseph Conrad,
para llegar a tu rostro desierto
y en su arena leer que nada espere,
que no espere misterio, que no espere.

Con la mañana derogaron las estrellas sus señales y sus leyes
y es inútil que el cartógrafo dibuje ríos secos en la palma de la
mano.

Día dos,

EL MAR VIEJO

Varado en alta sierra, que el diluvio
y el vagar de la huida terminaron.

Te ascendieron a cielo, mar, y a turbios
y lentos nubarrones a tu oleaje.

Por tu plateada orilla de eucaliptos
salta el pez volador llamado alondra,
mas yo estoy en la noche de tu fondo
desvelado en la cuenta de mis muertos:

el Lerna cenagoso, que enjugaba
la desesperación de los sauces;
el Rímac, sitibundo entre los médanos;
el helado diamante de Mackenzie
y la esmeralda sin tallar del Guayas,
todos en ti con mi memoria hundidos,
mar jubilado cielo, mar varado.

Día tres,
AL ESPEJO

Me quedo en tus pupilas, sin convite a tu fiesta de fantasmas.
Adentro todos trenzan sus efímeros lazos,
yo solo afuera, y sin amor, mas prisionero,
yo, mozo de cordel, con mi lamento, a tu ventana,
yo, nuevo triste, yo, nuevo romántico.

Dentro de ti, las nupcias de hielo al sol del árbol y la nube,
pareadas risas que se pierden por perdidos senderos,
la inevitable luna casi líquida,
el agua rota en trinos y en su música un lirio y una abeja en su
estigma
y en su agujón tu anhelo de olvidarme.

Yo, en alta mar de cielo
estrenando mi cárcel de jamases y siempres.

Dentro de ti, la casa, sus palmeras, su playa,
el mal agüero de los pavos reales,
jaibas bibliopiratas que amueblan sus guaridas con mis versos,
y al fondo el amarillo amargo mar de Mazatlán
por el que soplan ráfagas de nombres.
Mas si gritan el mío responden muchos rostros que yo no
conocía
o que borró una esponja calada de minutos,
como el de ese párvulo que esta noche se siente solo e íntimo
y que suele llorar ante el retrato
de un gambusino rubio que se quemó en rosales de sangre al
mediodía.

Día cuarto,
ALMANAQUE

Todos los días 4 son domingos

porque los Owen nacen ese día,
cuando Él, pues descansa, no vigila
y huyen de sed en sed por su delirio.

Y, además, que ha de ser martes el 13
en que sabrán mi vida por mi muerte.

Día cinco,

VIRGIN ISLANDS

Me acerco a las prudentes Islas Vírgenes
(la canela y el sándalo, el ébano y las perlas,
y otras, las rubias, el añil y el ámbar)
pero son demasiado cautas para mi celo
y me huyen, fingiéndose ballenas.

Ignorantina, espejo de distancias:
por tus ojos me ve la lejanía
y el vacío me nombra con tu boca,
mientras tamiza el tiempo sus arenas
de un seno al otro seno por tus venas.

Heloísa se pone por el revés la frente
para que yo le mire su pensar desde afuera,
pero se cubre el pecho cristalino
y no sabré si al fin la olvidaría
la llama errante que me habitó sólo un día.

María y Marta, opuestos sinsabores
que me equilibraron en vilo
entre dos islas imantadas,
sin dejarme elegir el pan o el sueño
para soñar el pan por madurar mi sueño.

La inexorable Diana, e Ifigenia,
vestal que sacrifica a filo de palabras
cuando a filo de alondras agoniza Julieta,

y Juana, esa visión dentro de una armadura,
y Marcia, la perennemente pura.

Y Alicia, Isla, país de maravillas,
y mi prima Águeda en mi hablar a solas,
y Once Mil que se arrancan los rostros y los nombres
por servir a la plena de gracia, la más fuerte
ahora y en la hora de la muerte.

Día seis,

EL HIPÓCRITA

Este camino recto, entre la niebla,
entre un cielo al alcance de la mano,
por el que mudo voy, con escondido
y lento andar de savia por el tallo,
sin mi sombra siquiera para hablarme.
Ni voy —¿a dónde iría?—, sólo ando.

Niebla de los sentidos: no mirar
lo que puede esperarme allí, a diez pasos,
aunque sé que otros diez pasos me esperan;
frígida niebla que me nubla el tacto
y no me deja oírla ni gustarla
y echa el peso del cielo a mi cansancio.

Este río que no anda, y que me ahoga
en mis virtudes negativas: casto,
y es hora de cuidarme de mi hígado,
hora de no jurar Su Nombre en vano,
de bostezar, al verme en el espejo,
de oír silbar mi nombre en el teatro.

Día siete,

EL COMPÁS ROTO

Pero esta noche el capitán, borracho
de ron y de silencios,
me deja la memoria a la deriva,
y este viento civil entre los árboles
me sabe amar, me sabe a mar colérico en los mástiles,
a memoria morosa en las heridas,
a norte y sur de rosa de los tiempos.

Día ocho,

LLAGADO DE SU MANO

La ilusión serpentina del principio
me tentaba a morderte fruto vano
en mi tortura de aprendiz de magia.

Luego, te fuiste por mis siete viajes
con una voz distinta en cada puerto
e idéntico quemarte en mi agonía.

Lascivia temblorosa de las tardes de lluvia
Cuando tu cuerpo balbucía en Morse
su respuesta al mensaje del tejado.

Y la desesperada de aquel amanecer
en el Bowery, transidos del milagro,
con nuestro amor sin casa entre la niebla.

Y la pluvial, de una mirada sola
que te palpó, en la iglesia, más desnuda
vestida en carmesí lluvia de sangre.

Y la que se quedó en bajorrelieves
en la arena, en el hielo y en el aire,
su frenesí mayor sin tu presencia.

Y la que no me atrevo a recordar
y la que me repugna recordar,
y la que ya no puedo recordar.

Día nueve,

LLAGADO DE SU DESAMOR

Hoy me quito la máscara y me miras al vacío
y ves en mis paredes los trozos de papel no desteñido
donde habitaban tus retratos,
y arriba ves las cicatrices de sus clavos.

De aquel rincón manaba el chorro de los ecos,
aquí abría su puerta a dos fantasmas el espejo,
allí crujió la grávida cama de los suplicios,
por allá entraba el sol a redimirnos.

Iba la voz sonámbula del pecho combo al pecho,
sin tenerse a clamar en el desierto;
ahora la ves, quemada y sin audiencia,
esparcir sus cenizas por la arena.

Iba la luz jugando de tus dientes a mis ojos,
su llamarada negra te subía de los hombros,
se desmayaba en sus deliquios en tus manos,
su clavel ululaba en mi arrebato.

Ahora es el desvelo con su gota de agua
y su cuenta de endrinas ovejas descarriadas,
porque no viven ya en mi carne
los seis sentidos mágicos de antes,
por mi razón, sin guerra, entumecida,
y el despecho de oírte: «Siempre seré tu amiga»,
para decirme así que ya no existo,
que viste tras la máscara y me hallaste vacío.

Día diez,

LLAGADO DE SU SONRISA

Ya no va a dolerme el mar
porque conocí la fuente.

¡Qué dura herida la de su frescura
sobre la brasa de mi frente!

Como a la mano hecha a los espinos
la hiere con su gracia la rosa inesperada,
así quedó mi duelo
crucificado en tu sonrisa.

Ya no va a dolerme el viento,
porque conocí la brisa.

Día once,

LLAGADO DE SU SUEÑO

Encima de la vida, inaccesible,
negro en los altos hornos y blanco en mis volcanes
y amarillo en las hojas supérstites de octubre,
para fumarlo a sorbos lentos de copos ascendentes,
para esculpir sus monstruos en las últimas nubes de la tarde
y repasar su geometría con los primeros pájaros del día.

Debajo de la vida, impenetrable,
veta que corre, estampa del río que fue otrora,
y del que es, cenote de un Yucatán en carne viva,
y Corriente del Golfo contra climas estériles,
y entrañas de lechuzas en las que leo mis augurios.

Al lado de la vida, equidistante
de las hambres que no saciamos nunca
y las que nunca saciaremos,
pueril peso en el pico de la pájara pinta
o viajero al acaso en la pata de rokh,
hongo marciano, pensador y tácito,
niño en los brazos de la yerma, y vida,
una vida sin tiempo y sin espacio,
vida insular, que el sueño baña por todas partes.

Día doce,

LLAGADO DE SU POESÍA

Tu tronco de misterio es lo que me apuntala un cielo en ruinas.
Mis ojos solos no podían ya evitarme su caída.
Me enredo en sus raíces de lecturas mal soñadas,
me agosto en su hojarasca de frustradas invenciones,
pero tu tronco sobrevive a mis inviernos.

Lo ven por fuera, retorcido, muerto, oscuro,
pero hay una rendija para fisgar, y miro:

Yo voy por sus veredas claustradas que ilumina
una luz que no llega hasta las ramas
y que no emana de las raíces,
y que me multiplica, omnipresente,
en su juego de espejos infinito.

Yo cruzo sin respiro por su aire irrespirable
que desnuda un prodigio en cada voz con sólo dibujarla
y en cada pensamiento con sentirlo.

Me asomo a sus inmóviles canales y me miro
de pájaro en el agua o de pez en el aire,
ahogándome en las formas mutables de su esencia.

Día trece,

EL MARTES

Pero me romperé. Me he de romper, granada
en la que ya no caben los candentes espejos biselados,
y lo que fui de oculto y leal saldrá a los vientos:

Subirán por la tarde purpúrea de ese grano,
o bajarán al ífimo ataúd de ese otro,
y han de decir: «Un poco de humo
se retorció en cada gota de su sangre.»
Y en el humo leerán las pausas sin sentido
que yo no escribí nunca por gritarlas
y subir en el grito a la espuma de sueño de la vida.

A la mitad de una canción, quebrada
en áspero clamor de cuerda rota.

Día catorce,

PRIMERA FUGA

Por senderos de hienas se sale de la tumba
si se supo ser hiena,
si se supo vivir de los despojos
de la esposa llorada más por los funerales que por muerta,
poeta viudo de la poesía,
lotófago insaciable de olvidados poemas.

Día quince,

SEGUNDA FUGA

(«Un coup de dés»)

Alcohol, albur ganado, canto de cisne del azar.

Sólo su paz redime del Anciano del Mar

y de su erudita tortura.

Alcohol, ancla segura y abolición de la aventura.

Día dieciséis,

EL PATRIOTERO

Para qué huir. Para llegar al tránsito
heroico y ruin de una noche a la otra
por los días sin nadie de una Bagdad olvidadiza
en la que ya no encontraré mi calle;
a andar, a andar por otras de un infame pregón en cada esquina,
reedificando a tientas mansiones suplantadas.

Acaso los muy viejos se acordarán a mi cansancio,
o acaso digan: «Es el marinero
que conquistó siete poemas,
pero la octava vez vuelve sin nada.»

El cielo seguirá en su tarea pulcra
de almidonar sus nubes domingueras,
¡pero en mis ojos ha llovido en tantos deplorables paisajes!

La luz miniaturista seguirá dibujando
sus intachables árboles, sus pájaros exactos,
¡pero sobre mi frente no han arado en el mar tantas tinieblas!

La catedral sentada en su cátedra docta
dictará sumas de arte y teología,
pero ya en mis orejas sólo habita el zumbido
de un diablillo churrigueresco
y una cascada con su voz de campana cascada.

No huir. ¿Para qué? Si este dieciséis de Febrero borrascoso
volviera a serlo de Septiembre.

Día diecisiete,

NOMBRES

Preso mejor. Tal vez así recuerde
otra iglesia, la catedral de Taxco,
y sus piedras que cambian de forma con la luz de cada hora.
Las calles ebrias tambaleándose por cerros y hondonadas,
y no lo sé, pero es posible que lllore ocultamente,
al recorrer en sueños algún nombre:
«Callejón del Agua Escondida.»

O bajaré al puerto nativo
donde el mar es más mar que en parte alguna:
blanco infierno en las rocas y torcaza en la arena
y amarilla su curva femenil al poniente.
Y no lo sé, pero es posible que oiga mi primer grito
al recorrer en sueños algún nombre:
«El Paseo de Cielo de Palmeras.»

O en Yuriria veré la mocedad materna,
plácida y tenue antes del Torbellino Rubio.
Ella estará deseándome en su vientre
frente al gran ojo insomne y bovino del lago,
y no lo sé, pero es posible que me sienta nonato
al recorrer en sueños algún nombre:
«Isla de la Doncella que aún Aguarda.»

O volveré a leer teología en los pájaros
a la luz del Nevado de Toluca.
El frío irá delante, como un hermano más esbelto y grave
y un deshielo de dudas bajará por mi frente,

y no lo sé, pero es posible que me mire a mí mismo
al recorrer en sueños algún nombre:
«La Calle del Muerto que Canta.»

Día dieciocho,

RESCOLDOS DE PENSAR

Cómo me cantarías sino muerto
al descubrir de pronto bajo el cielo de plomo de un retrato
el pensamiento estéril y la tenaz memoria en esa frente,
si sobre su oleaje ahora atardecido
surcaron formas plácidas,
y una vez, una vez —ayer sería—
amaneció en laureles junto a la media luna de tu seno,
y esta vez, esta vez —razón baldía—
sólo es conciencia inmóvil y memoria.

Día diecinueve,

RESCOLDOS DE SENTIR

En esa frente líquida se bañaron Susanas como nubes
que figaban los viejos desde las niñas de mis ojos púberes.

Cuando éramos dos sin percibirlo casi;
cuando tanto decíamos la voz *amor* sin pronunciarla;
cuando aprendida la palabra mayo
la luz ya nos untaba de violetas;
cuando arrojábamos perdida nuestra mirada al fondo de la
tarde,
a lo hondo de su valle de serpientes,
y el ave rokh del alba la devolvía llena de diamantes,
como si todas las estrellas nos hubiesen llorado
toda la noche, huérfanas.

Y cuando fui ya sólo uno
creyendo aún que éramos dos,
porque estabas, sin ser, junto a mi carne.
Tanto sentir en ascuas,
tantos paisajes malhabidos,
tantas inmerecidas lágrimas.

Y aún esperan su cita con Nausícaa
para llorar lo que jamás perdimos.

El Corazón. Yo lo usaba en los ojos.

Día veinte,

RESCOLDOS DE CANTAR

Más supo el laberinto, allí, a su lado,
de tu secreto amor con las esferas,
mar martillo que gritas en yunques pitagóricos
la sucesión contada de tus olas.

Una tarde inventé el numero siete
para ponerle la letra a la canción trezada
en el corro de niñas de la Osa Menor.

Estuve con Orfeo cuando lo destrozaban brisas fingidas vientos,
con San Antonio Abad abandoné la dicha
entre un lento lamento de mendigos,
y escuché sin amarras a unas sirenas que se llamaban Niágara,
o Tequendama, o Iguazú.

Y la guitarra de Rosa de Lima
transfigurada por la voz plebeya,
y los salmos, la azada, el caer de la tierra
en el sepulcro del largo frío rubio
que era idéntico a Búffalo Bill
pero más dueño de mis sueños.

Todo eso y más oí, o creí que lo oía.

Pero ahora el silencio congela mis orejas;
se van a caer pétalo a pétalo;
me quedaré completamente sordo;
haré versos medidos con los dedos;

y el silencio se hará tan pétreo y mudo
que no dirá ni el trueno de mis sienes
ni el habla de burbujas de los peces.

Y no habré oído nunca lo que nadie me dijo:
tu nombre, poesía.

Día veintiuno,

RESCOLDOS DE GOZAR

Ni pretendió empañarlo con decirlo
esa cuchillada infamante
que me dejaron en el rostro
oraciones hipócritas y lujurias bilingües
que merodeaban por todos los muelles.

Ni ese belfo colgado a ella por la gula
en la kermesse flamenca de los siete regresos.

Ni esos diez cómplices impunes
tan lentos en tejer mis apetitos
y en destejerlos por la noche.
Y mi sed verdadera
sin esperanza de llegar a Ítaca.

Día veintidós,
TU NOMBRE, POESÍA

Y saber luego que eres tú
barca de brisa contra mis peñascos;
y saber luego que eres tú
viento de hielo sobre mis trigales humillados e írritos:
frágil contra la altura de mi frente,
mortal para mis ojos,
inflexible a mi oído y esclava de mi lengua.

Nadie me dijo el nombre de la rosa, lo supe con olerte,
enamorada virgen que hoy me dueles a flor en amor dada.

Trepar, trepar sin pausa de una espina a la otra
y ser ésta la espina cuadragésima,
y estar siempre tan cerca tu enigma de mi mano,
pero siempre una brasa más arriba,
siempre esa larga espera entre mirar la hora
y volver a mirarla un instante después.

Y hallar al fin, exangüe y desolado,
descubrir que es en mí donde tú estabas,
porque tú estás en todas partes
y no sólo en el cielo donde yo te he buscado,
que eres tú, que no yo, tuya y no mía,
la voz que se desangra por mis llagas.

Día veintitrés,
Y TU POÉTICA

Primero está la noche con su caos de lecturas y de sueños.
Yo subo por los pianos que se dejan encendidos hasta el alba;
arriba el día me amenaza con el frío ensangrentado de su aurora
y no sabré el final de ese nocturno que empezaba a dibujarme,
ni las estrellas me dirán cuál fue, cabal, mi nombre. Ni mi rostro.

Si no es amor, ¿qué es esto que me agobia de ternura?
Mañana inútil: pájaros y flores sin testigos.
La esposa está dormida y a su puerta imploro en vano;
querrá decir mi nombre con los labios incoloros entreabiertos,
los párpados pesados de buscarme por el cielo de la muerte.

Mas no estaré en sus ojos para verme renacer al despertarse
y cuando me abra, al fin, preguntará sin voz: ¿quién eres?
El luto de la casa —todo es humo ya y lo mismo— que jamás
 habitaremos;
el campo abierto y árido que lleva a todas partes y a ninguna.
¿A dónde, a qué otra noche, irá el viudo por la tarde borrascosa?

Día veinticuatro,
Y TU RETÓRICA

Si lo escribió mi prisa feliz, ¿con qué palabras,
cómo dije: «palomas cálidas de tu pecho»?
En sus picos leería: brasa, guinda, clamor,
pero la luz recuerda más duro su contorno
y el aire el inflexible número de su arrullo.

Y diría: «palomas de azúcar de tu pecho»,
Si endulzaban el agua cuando entrabas al mar
con tu traje de cera de desnudez rendida,
pero el mar las sufría proras inexorables
y aún sangran mis labios de morder su cristal.

Después, si dije: «un hosco viento de despedidas»,
¿qué palabras de hielo hallé sobre mi grito?
No recuerdos, ni angustias, ni soledades. Sólo
el rencor de haber dicho tu estatua con arenas
y haberla condenado a vida, tiempo, muerte.

Y escribiría: «un horro vendaval de vacíos»
la estéril mano álgida que me agostó mis rosas
y me quemó la médula para decir apenas
que nunca tuve mucho que decir de mí mismo
y que de tu milagro sólo supe la piel.

Día veinticinco,
YO NO VI NADA

Mosca muerta canción del no ver nada,
del nada oír, que nada es.

De yacer en sopor de tierra firme
con puertos como párpados cerrados, que no azota
la tempestad de un mar de lágrimas
en el que no logré perderme.

De estar, mediterránea charca aceda,
bajo el sueño dormido de los pinos, inmóviles
como columnas en la nave de una iglesia abandonada,
que pudo ser el vientre
de la ballena para el viaje último.

De llamar a mi puerta y de oír que me niegan
y ver por la ventana que sí estaba yo adentro,
pues no hubo, no hubo
quien cerrara mis párpados a la hora de mi paso.

Sucesión de naufragios, inconclusos
no por la cobardía de pretender salvarme,
pues yo llamaba al buitres de tu luz
a que me devorara los sentidos,
pero mis vicios renacían siempre.

Día veintiséis,

SEMIFINAL

Vi una canción pintada de limón amarillo
que caía sin ruido de mi frente vencida,
y luego sus gemelas una a una.
Este año los árboles se desnudaron tan temprano.

Ya será el ruido cuando las pisemos;
ya será de papel su carne de palabras,
exánimes sus rostros en la fotografía,
ciudad amalecita que el furor salomónico ha de poblar de
 bronces,
ya no serán si van a ser de todos.

Fueron sueño sin tregua, delirio sin cuartel,
amor a muerte fueron y perdí.

Día veintisiete,

JACOB Y EL MAR

Qué hermosa eres, Diablo, como un ángel con sexo pero mucho
más despiadada,
cuando te llamas alba y mi noche es más noche de esperarte,
cuando tu pie de seda se clava de caprina pezuña en mi
abstinencia,
cuando si eres silencio te rompes y en mis manos repican a
rebato tus dos senos
cuando apenas he dicho amor y ya en el aire está sin boca el beso
y la ternura sin empleo aceda,
cuando apenas te nombro flor y ya sobre el prado ruedan los
labios del clavel,
cuando eres poesía y mi rosa se inclina a oler tu cifra y te me
esfumamos.

Mañana habrá en la playa otro marino cojo.

Día veintiocho,

FINAL

Mañana. Acaso el sol golpea en dos ventanas que entran en erupción.

Antes salen los indios que pasan al mercado tiritando con todo el trópico a la espalda.

Y aún antes

los amantes se miran y se ven tan ajenos que se vuelven la espalda.

Antes aún

ese ángel de la guarda que se duerme borracho mientras allí a la vuelta matan a su propio pupilo:

¿Qué va a llevar más que el puñal del grito último a su Amo?

¿Qué va a mentir?

«Lo hiciste ciego y vuelve humo pues ardió como Te amo.»

Tal vez mañana el sol en mis ojos sin nadie,

tal vez mañana el sol,

tal vez mañana,

tal vez.

Bogotá, 1942

TRES VERSIONES SUPERFLUAS
(PARA EL DÍA VEINTINUEVE DE LOS AÑOS BISIESTOS)

PRIMERA
DISCURSO DEL PARALÍTICO

Encadenado al orden.

ABATE BREMOND

Cómo fatiga el orden.

ESPRONCEDA

Encadenado al cielo, en paz y orden,
mutilado de todo lo imperfecto,
en esta soledad desmemoriada
—paisaje horizontal de arena o hielo—
nada se mueve y ya nada se muere
en la pureza estéril de mi cuerpo.

Sólo la ausencia. Sólo las ausencias.
A la luz que me ofusca, en el silencio
del aire ralo inmóvil que me envuelve
en las nubes de roca de este cielo
de piedra de mi mundo de granito
sólo una ausencia viuda de recuerdos.

Pues quise ver la lumbre en la ciudades
malditas. Quise verlas flor de fuego.
Quise verlas el miércoles. Al frente

no me esperaba ya sino un incesto
y el carnaval quemaba en sus mejillas
el último arrebol de mi deseo.

Aquí me estoy. La sal va por mis brazos
y no llega a mis ojos, río yerto,
río más tardo aún que la cisterna
del pulso de mi sombra en el espejo,
camino desmayado aquí, a la puerta
de mi Cafarnaúm, allí, tan lejos.

No ser y estar en todas las fronteras
a punto de olvidarlo o recordarlo todo totalmente.
En mi lenguaje de crepúsculos
no hay ya las voces mediodía, ni altanoche, ni sueño.

Por mi cuerpo tendido no han de llegar las olas a la playa
y no habrá playas nunca,
y por mí, horizontal, no habrá nunca horizontes.

Hosco arrecife, aboliré los litorales.
Los barcos vagarán sin puerto y sin estela
—pues yo estaré entre su quilla y el agua—
40 noches y 40 días,
hasta la consumación de los siglos.

(Si tuviera mis ojos, mis dedos, mis oídos,
iba a pensar una disculpa para cantarla esa mañana.)

Venganza, en carne mía, de la estatua
que condené para mi gula al tiempo,

a moverse, olvidada de sus límites,
a palabras de vidrio sus silencios.
Venganza de la estatua envejecida
por el flácido mármol de su seno.

Y Coventry. La lumbre que mis ojos
en los ijares lánguidos hundieron,
Lady Godiva que se me esfumaba
muy nube arrebatada por el viento,
y era Diana dura, o sus lebreles,
o la hija de Forkis y de Ceto.

Porque yo tuve un día una mañana
y un amor. Fino y frío amor, tan claro
que lo empañaba el tacto de pensarlo.

Vi al caballo de azogue y al pez lúbrico
por cuya piel los ríos se deslizan,
lentos para su imagen evasiva.

Y tendría también un nombre, pero
no logró aprehenderlo la memoria,
pues mudaba de sílabas su idioma
cuando las estaciones de paisajes.

Aún canta el hueco que dejó en mi mano
la traslúcida mano de su sombra,
y en mi oreja el mar múltiple del eco
de sus pausas aún brilla.

Huyó la forma de su pensamiento
a la Belén alpina o subterránea
donde los ríos nacen, y velaron
su signo las palomas de Dodona.

Y una voz en las rutas verticales
del mediodía al mediodía por mis ojos:

«Cuando el sol se caía del cielabrill de México
el aire se quedaba iluminado hasta la aurora.»

«Las muchachas pasaban como cocuyos
con un incendio de ámbar a la grupa,
y en nuestras rostros de ángeles ardían canciones y alcoholes
con una llama impúdica e impune.»

«Nuestras sombras se iban de nosotros
amputaban de nuestros pies los suyos
para irse a llorar a los antípodas
y decíamos luna y miel y triste y lágrima
y eran simples figuras retóricas.»

(¿No recuerdas, Winona, no recuerdas
aquel cuarto de Chelsea? El alto muro
contra los muros altos, y las cuerdas
con su ropa a secar al aire impuro.

Y el río de tu cuerpo, desbordado
de luz de desnudez, y más desnuda
adentro de sus aguas, tú, y al lado
tuyo tu alma mucho más desnuda.

Y recuerda, Winona, aquel instante
de aquel estío que arrojó madura
tu cereza en la copa del amante.

Y el grito que me guiaba en la espesura
de tu fiebre, y mi fiebre calcinante
entrelazada a tu desgarradura.)

Pero la tarde todo lo diluye.

La luz revela sus siete pecados
que nos fingieron una salud sola
y oímos y entendemos y decimos
las blandas voces que a la voz repugnan:
lágrimas, miel, candor, melancolía.

Porque la tarde todo lo dispersa.

Todas las mozas del mundo destrenzan sus brazos y acaba la
ronda.

A la seis de la tarde se sale de las cárceles
y están cerradas las iglesias.
Nada nos ata a nada
y, en libertad, pasamos.

Mirad, la tarde todo me dispersa.

Que ya despierte el que me sueña.

Va a despertar exhausto, Segismundo:
un helado sudor y un tenebroso
vacío entre las sienes. Pero el premio
que habrá en su apremio de sentirse móvil...

Alargará las manos ateridas
y de su vaso brotará la blanca
flor de la sal de frutas. Y en cien gritos
repetirá su nombre y todo el día
saltará por los campos su alarido.
Y por la noche ha de llegar exhausto,
mas no podrá dormirse, Segismundo.

Que ya despierte. Son treinta y tres siglos,
son ya treinta y tres noches borrascosas,
que le persigo yo, su pesadilla,
y el rayo que le parta o le despierte.
Quien lo tiene en sus manos me lo esquivá.

CLAVE

Donde el silencio ya no dice nada
porque nadie lo oye; a esta hora
que no es la noche aún sino en los vacuos
rincones en que ardieron nuestros ojos;
donde la rosa no es ya sino el nombre
sin rosa de la rosa y nuestros dedos
no saben ya el contorno de las frutas
ni los labios la pulpa de los labios,

grita Elías (arrebataado en llamas
a cualquier punto entre el cielo y la tierra),
grita Elías su ley desacordada
en el viento enemigo de las leyes:

«Cuando la luz emana de nosotros
todo dentro de todos los otros queda en sombras
y cuando nos envuelve
¡qué negra luz nos anochece adentro!»

SEGUNDA
LABERINTO DEL CIEGO

A José Gorostiza

Alzo mi rosa, pero no por mía
ni por única, azul , sino por rosa.
Me fuese ajena, no sufriese prora
vaga en mis mares íntimos su espina;

cantasen sus hermanas todavía
en mi jardín destartalado; bocas
sin mi elección midiéranla católica,
por rosa, enigma y luz, la elevaría.

Muchos me dicen que no.
¡Quién lo sabe mejor que yo!

Pues corrí, no alcancé sino su sombra
o en mi prisa creía que la alcanzaba,
o soñé que corría tras su forma.

En Sinaloa no me vieron niño
y sí me hallaron teólogo en Toluca,
y sí decían: vedle ya tan lóbrego
y apenas tiene quince,
y sí decían: cien paisajes nuevos
cómo le lavarían la sonrisa.

Védmela aquí, de pan recién partido
sobre la mesa de los siete lustros,
pero mi sueño, ay, de aquella sombra
todavía me alarga la vigilia.

La luz se vino hoy tan desnuda,
disfrazada de sólo luz.
Sin sol, o nube, o luna, o aire,
monda y lironda luz.

No de la lumbre y su pasión espesa,
ni de los dientes de la dicha, ni
de la aurora y su escándalo de frases:
hoy la luz vino de la luz.

Tan dura, y se deshace entre mis dedos,
no me ensordece su fulgor
y apenas si me hiere su reposo.
¡No iluminada y luminosa luz!

Tan largo viaje por el cielo
y no saber a azul,
y tanto andarse por las ramas
y no oler a nada mi luz.

Y haberse caído a mis ojos
sin pintarse de sal.
Y andar tan ágil por mi alma
mi nictálope luz.

Me vería hacia afuera, pero adentro
este vacío no me deja hallarme.

Hubiera algo, con luz o a oscuras lo vería,
fuese sólo una sombra soñada en las arenas,
que cayese la noche en su desierto,
o que fuese la noche sin nadie y sin desierto,
con un poco de aire para hacer las distancias,
o que fuese la noche con un poco de nada,
pero es la nada sola y desolada.

Este aire, pues llegó tan terso,
vendría de rodear la piel
del sueño no soñado. (Porque
los otros no los cuento ya.)

Estaba pensil de una rama
y estaba maduro y no lo mordí.
(Al mediodía, dije, cuando el árbol
sea menos alto que mi sed.
Y bien sabía el bosque prestímano
que no iba a encontrarlo después.)

TERCERA
REGAÑO DEL VIEJO

...Science avec patience,
Le supplice est sûr.

RIMBAUD

Till human voices wake us, and we drown.

T. S. ELIOT

Conmigo a mi lado
y sentirme solo.

Tan fiel compañía
que me fui yo, Pílates.

Pájaros de muchachas con la cabeza a pájaros,
el vuelo puro, por volar, y el canto
sin número, ni sonos, ni palabras.
Cántaros de lecheras sonámbulas. Narciso
sin espejo y ya flor en el estanque.
Tréboles de seis hojas que siguen siendo tréboles.
Amor que es tan amor que, frío, sigue siéndolo,
como el sudor helado de este lecho palúdico.

(A veces, Ruth, a veces
sin tu fluvial tersura aquí, a mi lado,
mis nervios gritan y se rompen en esdrújulas.)

Zirahuén le rodeaba de redes y de sol.

En su luna aprendió la o por lo cuadrada,
porque en la tarde la escribía con c.

A sangre y fuego, a filo de corazón, entraba
a las auroras descotadas y húmedas
que volvían del vicio después de amanecer;

sordos y ciegos, íbamos, seductores de nubes,
y él se uncía a mi rueda alegremente
cuando nos tocaba perder.

Y éramos uña y carne en el dedo divino,
pero lo he sobrevivido tanto
que su nombre ya no lo sé.

Rosa de Lima, seda que me asfixias
aún, en el recuerdo de aquel ópalo
que ponía tu clave en mi meñique.

Las horas te mudaban doce rostros,
pero te veo la última, que tuvo más minutos que ninguna.
Ojos de asombro, y boca en oh de eterno asombro
y duro y blanco el susto de los senos
al caerte sin fin de tu gozo a mi pozo.

Las manos sabias saltan en su jaula sonora
y el perseguir la ruta de peces incoloros
por tu cuello me roba tu garganta. Y no escucho.

Y no sé si has llorado, pero todo,
todo cabe en mi piedra del meñique

y todo llega al llanto de su fondo.

Por vivirte me olvido de mi vida,
Rosa de Lima que me amaste otro.

Qué me escribe ese vuelo de palomas
en su pizarra borrascosa —quién
lo guía, roto el pulso, por mi viento—,
—por qué ésta y no otra noche hubo de hablar.

El amor cabizbajo, la sed sórdida,
la enconada memoria del nacer
indeclinable y terco a tantas vidas
—y esta tarde, y no aquella del morir.

No aquella, submarina, con guirnaldas
de abrasadores brazos, y de pies
lánguidos para el viaje entre corales,
y con luz de burbujas en la voz.

No aquella atardecida tarde rosa
de ademán recóndito al partir.
No aquella en que yo hubiera descifrado
su vuelo, y el regaño de mi faz.

Blando y amargo en hiel me desintegro,
o, peor, en miel de égloga me humillo.
(La niña juega con su corderillo:
un candor solo contra el cielo negro;
en los cuatro ojos brilla el mismo brillo
y en balido y en risa el mismo *allegro*.)

—La niña juega con su corderillo
y llora que se lo he contado negro.)

En hiel, por los que beben de las lácteas
Susanas entrevistas en la fuente,
bajo los viejos árboles fisgones
que estiran sarmentosas lenguas a acariciarlas.
Por Filemón, que huye de su tilo
y en su lascivia vegetal rejuvenece
y pasa con dos jóvenes encinas en los brazos.
Y la hiel en mis piernas, que estrangulan
a Sindbad con recuerdos y ciencia e impaciencia.

Que es hora de Oresteia y de mi víbora.

LIBRO DE RUTH

Y aconteció que, a la media noche, se estremeció
aquel hombre, y palpó: y he aquí la
mujer, que estaba acostada a sus pies.

RUTH, III-8

BOOZ SE IMPACIENTA

Entonces doblarán las doce de la noche
y el Caos
acogerá sonriente al hijo pródigo.
Pasan sin nadie todos los tranvías.
Su huracán de esperanzas no para en las esquinas de mi cuerpo.
Ni su trueno. Ni un piano. Ni los grillos.
Las mujeres apagan las lámparas del mundo entero.
El cielo sus estrellas. Yo mi espera.
Cierran sin ruido todas las ventanas.
Dedos que no son tuyos han bajado mis párpados.
Ya no vienes. No llegas.
Más allá de las doce no se puede ver nada.
Pero aún no es la noche.
Todavía la tarde te espera deshojándome,
robándote mi carne trozo a trozo:
las pupilas primero, que se van a cansadas lejanías
como dos niños ávidos, perdidos
en la busca de algo que no saben;
el rescoldo en mi boca pronto será ceniza
de adivinarte en todos los nombres de lo creado
con mi voz amarilla y áspera de toronja;

y mis manos, callosas de esculpir en el aire
el fiel vacío exacto que llenará la forma de tu gracia.
Así iré mutilándome hasta las doce de la noche,
mas si llegaras un minuto antes
en él todas mis dichas vivirías de nuevo.
Deja la luz sin sexo en que te ahogas,
ángel mientras mi lecho no te erija mujer;
sal de la voz marina que te sueña,
sirena sin canción mientras yo no la oiga;
deja la arcilla informe que habitas y que eres
en tanto que mis dedos no modelen tu estatua;
sal del bosque de horas inmóviles en que te pierdes,
corza sin pulso mientras mi miedo no te anime;
deja el no ser de tu Moab incierta;
sal ya de ti. Mis pies están helándose.
Más allá de las doce no se puede ser nada.

BOOZ ENCUENTRA A RUTH

Traes un viento que mueve los rascacielos más tercos y que te
 ciñe para mostrarme cómo fue la cabeza de la Victoria de
 Samotracia,

y que luego te humilla a recoger espigas desdeñadas.

Traes un viento que llega de cabellos noruegos a alisarte los
 tuyos.

Traes un viento que trae amantes olvidados que se encuentran
 de pronto en los lugares más insólitos como gaviotas en la
 nieve de los volcanes.

Traes un viento que lame tu nombre en las cien lenguas de
 Babel, y en él me traes a nacer en mí.

Y es nacer a la muerte que acecha en los festines de un octubre
 sin fin y sin castigo,

una muerte que desde mí te acecha en las ciudades y en las
 horas y en los aviones de cien pasajeros.

Fausto que te persigue desde el episodio fatal de la siega en mis
 manos nudosas y tiernas de asesino.

De mí saldrás exangüe y destinada a sueño como las mariposas
 que capturan los dedos crueles de los niños; de mí saldrás seca
 y estéril como las maldiciones escondidas en
 los versos de amor que nadie escucha.

Huye de mí, que soy *elvientoeldiablo* que te arrastra.

BOOZ CANTA SU AMOR

Me he querido mentir que no te amo,
roja alegría incauta, sol sin freno
en la tarde que sólo tú detienes,
luz demorada sobre mi deshielo.
Por no apagar la brasa de tus labios
con un amor que darte no merezco,
por no echar sobre el alba de tus hombros
las horas que le restan a mi duelo.
Pero cómo negarte mis espigas
si las alzas con tan puro gesto;
cómo temer tus años, si me dabas
toda mi juventud en mi deseo.

Quédate, amor adolescente, quédate.
Diez golondrinas saltan de tus dedos.
París cumple en tu rostro quince años.
Cómo brilla mi voz sobre tu pecho.
Óyela hablarte de la luna, óyela
cantando lánguida por los senderos:
sus palabras más nimias tienen forma,
no le avergüenza ya decir «te quiero».
Me has untado de fósforo los brazos:
no los tienen más fuertes los mancebos.
Flores palúdicas en los estanques
de mis ojos. El trópico en mis huesos.
Cien lugares comunes, amor cándido,
amoroso y porfiado amor primero.

Vámonos por las rutas de tus venas
y de mis venas. Vámonos fingiendo
que es la primera vez que estoy viviéndote.
Por la carne también se llega al cielo.
Hay pájaros que sueñan que son pájaros
y se despiertan ángeles. Hay sueños
de los que dos fantasmas se despiertan
a la virginidad de nuestros cuerpos.
Vámonos como siempre: Dafnis, Cloe.
Tiéndete bajo el pino más erecto,
una brizna de yerba entre los dientes.
No te muevas. Así. Fuera del tiempo.
Si cerrara los ojos, despertándome,
me encontraría, como siempre, muerto.

BOOZ VE DORMIR A RUTH

La isla está rodeada por un mar tembloroso
que algunos llaman piel. Pero es espuma.
Es un mar que prolonga su blancura en el cielo
como el halo de las tehuanas y los santos.
Es un mar que está siempre
en trance de primera comunión.

Quién habitara tu veraz incendio
rodeado de azucenas por doquiera,
quién entrara a tus dos puertos cerrados
azules y redondos como ojos azules
que aprisionaron todo el sol del día,
para irse a soñar a tu serena plaza pueblerina
—que algunos llaman frente—
debajo de tus árboles de cabellos textiles
que se te enrollan en ovillos
para que tengas que peinártelos con husos.
He leído en tu oreja que la recta no existe
aunque diga que sí tu nariz euclidiana;
hay una voz muy roja que se quedó encendida
en el silencio de tus labios. Cállala
para poder oír lo que me cuente
el aire que regresa de tu pecho;
para saber por qué no tienes en el cuello
mi manzana de Adán, si te la he dado;
para saber por qué tu seno izquierdo
se levanta más alto que el otro cuando aspiras,

para saber por qué tu vientre liso
tiembla cuando lo tocan mis pupilas.
Has bajado una mano hasta tu centro.

Saben aún tus pies, cuando los beso,
al vino que pisaste en los lagares;
qué frágil filigrana es la invisible
cadena con que ata el pudor tus tobillos;
yo conocí un río más largo que tus piernas
—algunos lo llamaban Vía Láctea—
pero no discurría tan moroso
ni por cauce tan firme y bien trazado;
una noche la luna llenaba todo el lago;
Zirahuén era así dulce como su nombre:
era la anunciación de tus caderas.
Si tus manos son manos, ¿cómo son las anémonas?
Cinco uñas se apagan en tu centro.

No haber estado el día de tu creación, no haber estado
antes de que Su mano te envolviera en sudarios de inocencia
—y no saber qué eres ni qué estarás soñando.
Hoy te destrozaría por saberlo.

CELOS Y MUERTE DE BOOZ

Y sólo sé que no soy yo,
el durmiente que sueña un cedro Huguiano, lo que sueñas,
y pues que he nacido de muerte natural, desesperado,
paso ya, frenesí tardío, tardía voz sin ton ni son.

Me miro con tus ojos y me veo alejarme,
y separar las aguas del Mar Rojo de nuestros cuerpos mal fundidos
para la huida infame,
y sufro que me tiñe de azules la distancia,
y quisiera gritarme desde tu boca: «No te vayas».
Destrencemos los dedos y sus promesas no cumplidas.
Te cambio por tu sombra y te dejo como sin pies sin ella
y no podrás correr al amor de tu edad que he suplantado.
Te cambio por tu sueño para irme a dormir con el cadáver leal
de tu alegría.
Te cedo mi lámpara vieja por la tuya de luz de plata virgen
para desear frustradas canciones inaudibles.
Ya me hundo a buscarme en un te amé que quiso ser te amo,
donde se desenrolla un caracol atónito al descubrir el fondo
salobre de sus ecos,
y los confesonarios desenredan mis arrepentimientos mentirosos.
Ya me voy con mi muerte de música a otra parte.
Ya no me vivo en ti. Mi noche es alta y mía.

~ OTROS POEMAS ~

CARTA
DEFENSA DEL HOMBRE

CREEDME su amigos que la dejó plantada
sólo a que floreciese otra virginidad más dura en el olvido
madura forma ella que decía más bella que los vicios
creyendo que sus dedos la sabían al dedillo
y todo él era dedos o lenguas en forma de índices en llamas
además si ella era de la carne de vidrio de las fugas
a qué acusar abandono de hogar en su prosa de pródigo
y a qué oprimirle luego esposa en su pulso
la otra mitad en la muñeca de un detective de Dios tan sin
modales
cólera de una forma demasiado pura para entender a los
hombres

o para ser sabida totalmente por los hombres

Qué más era al fin la distancia que gritaba la huida
que el mudo aire que hace la lejanía del pecho a la garganta
si al apretarla entre los labios y el próximo sueño
toda naranja o toda mano es a lo sumo el pañuelo en el brazo
del tren
Y qué sabía ella de unas noches llamándola
caído en red de brazos y piernas y silbatos de trenes
con sed de alguna sed más seca que su fiebre
escalando ese piano que se queda encendido hasta el alba en los
barrios
y que aun en tango sólo gotea los Ejercicios Para Los 5 Dedos

de Strawinsky
y qué puede el lenguaje de espuma de las sombras
contra tres mil años de mediodía mediterráneo
y unas cuantas gotas de irritable sangre irlandesa

SANTORAL

La herejía —dice Francis Hackett— es sólo un puente entre dos ortodoxias. En uno de esos trucos circulares a que los hombres delgados se dan tan a menudo, el otra vez leído Chesterton torcía ese puente a un movimiento orbital, bíblico, para volverle al punto de partida. Vuestro amigo, luego, quería erigirlo en rueda de la fortuna, porque todo lo que veía de místico en Einstein le incitaba a ello, ilustrándoselo. Así el puente, en realidad, era tanto más valioso cuanto que su inutilidad económica manifiesta le hacía un absurdo en ingeniería civil. Adquiría el valor ético, humano, del *looping-the-loop*. Pero a la caída algunos ángeles inexpertos, como Tolstoy, cerraban los ojos. En buena teología no vale amar a Dios o a la poesía ciegamente. Empezó, pues, a ensayar el describir la vuelta empezando arriba, cayendo. Algunas veces Rimbaud se quedaba en la selva, es cierto. Pero si es que Bach y Valéry no se atreven a bajar nunca. Vuestro amigo seguía, pues, a Dante o a Juan Ramón, cuando éste bajaba hasta los laberintos, en viaje de desnudez a desnudez vía Alejandría. Quedaba, por supuesto, la escala de Diótima, pero, ya veis, Jacob salió cojo de ella. Le atemorizaban las escaleras por hechas de relojes, que son los ángeles más limitados que se conocen. Y amó así el arco de la línea recta aparente, doblada hacia abajo por el agua redonda —y su imaginación no se detenía a enderezarla— que mide el universo y le da la gracia de un litoral, para que empecemos —¿cuántos millones de años de luz antes?— muy de mañana. Oídle decir desde casi abajo, cayendo sin fin:

Me sé la sombra del que palpo en el espejo

Y que es dueño de lo que pasa en la corriente izquierda del
tiempo
Su sombra más pasado más sexo
Y muchas otras cosas más o menos
O es él mismo el pasado inmortal y siempre joven
O es nada más el tiempo nunca joven
O el pasado mañana ya tan joven
O alguien no más que pronuncia mal mi nombre
Eco de una mirada que huele a sabores amarillos
Como las puestas de sol en Sinaloa y como los manjares chinos
Y como los cabellos de aquel fervor inmerecido
Y el limón de no sé si los vicios o los libros

REPETICIONES

A veces teme que todavía es demasiado tarde, que aún hay sol en las bardas. Conoce, en que puede recordar, la posibilidad aún del regreso, es decir, de salvarse, es decir, de morir en gracia, es decir, de morir. Recuerda, por ejemplo, con precisión, aquel aludido juego de sombras sutiles, barajadas por un azar muy estudiado, que luego empezaban a tener, feas a su vez, una sombra, una voz fina también, en palabras agudas, pero más imprecisas cuanto más lejos del aire. Swinburne aludía a este juego, pocos días después de la salida —«Play then and sing; we too have played We likewise in that subtle shade»—, cuando en la huida se puso a envolver en él apresuradamente —¡Vedle, con ser amigo vuestro, llamarse el pío Goeneas!— las cenizas del hombre que trabaja y que juega.

Como caía, pues, de pies y manos a la acción, empezó a oír a un Poincaré matemático que le llevaba con muy suaves modales a que el fin de la vida era la contemplación. Se asía a él, se hacía a él. Dios, qué viejo era mi amigo ya para Manhattan, y cómo su anterior frecuente comercio con los más terribles ángeles occidentales no le salvaba de aquel pudor, de aquella repugnancia hindú a la carrera —a lo histórico—, ya inferior e innoble. Qué bien iba aprendiendo, cayendo hasta los casiya-no-románticos, el odio al movimiento *qui déplace la ligne*.

ACRÓSTICO

Cómo llega a pesar de un haz de brisa
Contra un río sin tacto a la cintura
A estatura de alas cómo rueda Cristóbal
A ras de todavía corazón
A mil por hora
Su voz sin sueño
Mi voz sin tiempo
A sueño de constelación
Esa mano clava cuatro mil cuatrocientos tornillos al día
Y ése escribe la ese de *stop* ocho mil
Y esos cilindros que no han bailado en Chalma ni en Palestina
Y una mujer se enciende
Duérmete al sur
Duérmete duérmete niño Jesús
O es verdad el behaviorismo
Y llega el frío llamado Ford
Y hay la mirada fría y plana del acero
Que nos unta a su espejo sin amor
Y cuando salimos tenemos tres dimensiones
Pero la tercera es el tiempo no más
Cómo duele el haber jugado a ángeles
Si ellos no juegan a ser hombres ya

EL RÍO SIN TACTO

Luego, cuando inventó los aeroplanos, que son lo más cercano a la inmovilidad, estaba ya en medio de la selva, y no había ese claro del bosque, con luna, en que la música aterriza. Tenía que caer escultórica, perpendicularmente. Y empezó a ser, en suma, siempre de perfil, el hombre de la luna. Dejadme explicarlo. Se le veía mal por sus tres dimensiones mediterráneas. Había que sustituir una por el tiempo. Había que eliminar una. Prefirió adelgazar. Se volvió largo y profundo, sin frente. Dejadme explicarlo.

En esos días escribió a algunos de nosotros, porque se había quedado solo. Recuerdo. Aquella vez vivía él en una playa. Aquella tarde nos decía que las pisadas de la pareja salían a encontrarle, mintiéndole que no se había quedado solo. Pero que él sabía mejor. Soledad era aquel retrato en negativa, ceros ooooo elevados a cero, nada del no de unos tacones agudos en la arena. Soledad era, como lo son los huecos de los clavos en la pared del día de mudanza. Que sus huellas, en cambio, imprecisas, eran las del que al cabo va a regresar: a nadar, espejo de volar por un espejo; a jugar al golf, esa pesca con caña de los peripatéticos; a domesticar al inmenso, tirando, a lo lejos, el bastón que había de traerle luego en la boca espumosa de perro bien enseñado. Nada, que estaba roussonianamente en una naturaleza de cartón.

Ah, y que se desentendía del destino de cisne de las olas, de su Torir al primer arrebato lírico. (Y «el mar es la mar por vosotras solas olas olanes, al ponerse otra más aún más desnudo».) Se tiraba en la arena y les daba eternidad de nubes. El mar se movía a lo largo, como un río. Las gaviotas se plantaban un cementerio. Se adivinaba, inminente, inevitable, la invención del cinematógrafo.

Y para ayudar a ello escribió un argumento, que después Amero dejó en las primeras escenas. Voy a copiar de él lo que explica la caída y, de vuelo, la muerte de motivos eróticos para esta carta:

el río sin tacto

un pie femenino desnudo baja del ángulo derecho se detiene en el centro apoyándose seguro en la arena húmeda morena desaparece por la mitad izquierda su huella es un ocho impreciso una ola lo afirma dibujándolo un pie femenino descalzo baja del ángulo izquierdo el mismo juego desaparecido a la derecha quedan por huellas dos ochos una ola levanta el número 88 otra une los dos guarismos otra más separa los dos corazones que observaba radiguet así que quedan en la arena por un minuto dos corazones una última ola los borra queda por un rato la arena vacía de otra cosa que las olas

un pie masculino con zapato de golf baja por el ángulo derecho se apoya fuertemente en la arena del centro el tacón se hunde profundamente la planta deja por huella una estrella marina la estrella marina se desdobra y queda un cero la huella del tacón es un cero más pequeño con el mismo juego de olas se forma el signo o° a cada ola se afirma más y más y ninguna puede borrarlo anochece la arena queda como con gis en una pizarra el signo o° se iluminan intensamente los ceros ya son blancos la pizarra es un cuadro mural escolar ahora el cero grados es ya un sol con su planeta éste mucho menos brillante se aclara la visión no sólo un planeta con un satélite a éste pasa toda la atención en realidad es la luna se define la silueta del hombre de la luna se afirma negro aparece un globo eléctrico con una silueta en papel negro pegada a él aparece la luna *close up* del hombre de la luna medalla del dante hombre de la luna medalla de cual-

quiera hombre de la luna sombra humana contra el disco de un reloj hombre de la luna sombra humana girando en el disco de un reloj hombre de la luna medalla de otro cualquiera se hace girar la cámara para verle de frente y es nada más una línea moneda de frente moneda de canto se vuelve a hacer girar la cámara hasta su antigua posición hombre de la luna se ve así que sólo tiene perfil el hombre de la luna bosteza entrecortado interrumpiéndose para frotarse las manos friolento se sopla las manos enguantadas de blanco como de maniquí el hombre está en una claraboya muy alta en un muro sin otra ventana o puerta se asoma hacia abajo vista de un planisferio terrestre el hombre baja más el rostro como si algo imantara su atención se precisa la imagen cartográfica es un mapa de Norteamérica el hombre se inclina más aún haciéndose pantalla con la mano aparece el plano topográfico de Manhattan se borra un poco para convertirse en un órgano viril bien definido que se borre a su vez para ser luego una vista panorámica de Manhattan el hombre se inclina más y más hasta perder el equilibrio y caer caída del hombre de la luna cuando cae de frente se acelera la caída en cuanto logra ponerse de plano contra el aire es decir de perfil al espectador la línea se sostiene ingrávida en el aire o en el vacío o en lo que sea haciéndose la caída extremadamente lenta cae sin golpe en la torre del *woolworth* o en la del *chrysler* mira de prisa el paisaje sin interesarse en él acostumbrado a la vista a vuelo de pájaro de la luna gira el paisaje en redondo le interesa el interior sólo como no tiene sino perfil le es muy fácil hallar acomodo en el elevador éste baja tan rápido que las miradas de los pasajeros se quedan arriba vista de la cúpula del *woolworth* tapizada de ojos vista de los rostros que caen en el elevador todos sin ojos.

ALUSIONES A X

Ahora bien, yo comprendo la inutilidad de este símbolo, demasiado aparente, cinematográfico, al explicar algo más simple que la música. Perdonádmelo. Y ya terminaré. Pero oídle decir antes, oíd hablar a este perfil numismático, que necesitaba un nombre y llamé amigo vuestro, nombrando, así, una ausencia caída, todavía no ¡ay! demasiado abajo:

APEIRON

Lo desnudo de nombre moviéndose entre la niebla del subjuntivo
Me mirase no más si me tocara me quemaría
Ya verbo puro acto sin nadie voz sin mi tu su boca
Ausencia que canta mientras nacen los pájaros y el cazador se
 apunta al árbol de la cabeza
Ejercitar la uña en las vidrieras del invierno
A cada patinadora más perfecta la inicial nunca suya
Y apostar y perder día a día la vida
Porque no responde la sombra en el muro de aire de casi la nada
Al Norte atardecían de ira sus cabellos
Entonces su mano habría nevado al Oriente
Entonces su mirada sonara entre mis dedos
Entonces se llamaría Manhattan que es el único ángel con sexo
Pero entonces tendría cabellos y manos y ojos y sexo y esto licúa
 la lógica de las probabilidades

Y FECHA:

Luego tenemos, más al Norte aún, la mano de un lago. Los buquecitos quirománticos, regando sus cargas de alcohol contrabandista, se empeñan en trazar, una y otra vez, las mismas líneas de ardua fortuna. De uno de los dedos pende, en descuido notorio, en real rigidez sin gracia, un cordón oscuro, apenas si con el brillo negro del aceite, llamado río. Este cordón se ata a un abanico abierto, nuevo y ya muy gastado, que sopla a todos los vientos su tempestad de ruidos automóviles. En el eje del abanico suceden unos rascacielos «menores de edad». De uno de ellos veo caer a vuestro amigo. Por las varillas se mueven unas cosas que antes, allá en Polonia, o en México, o en Italia, o en todas partes, se llamaban hombres. Aquí tienen un nombre muy largo: los que trabajan en la Ford. En maquinismo voluntario, pero maquinismo también, vuestro amigo se mueve entre ellos. Toma notas, apresuradamente, en unos cuadernitos minúsculos que luego va almacenando, y que ya son innúmero, para cuando termine la temporada en el infierno.

Como al regreso pondrá buen cuidado de volver el rostro, varias veces, es seguro que llegará solo. Amazónicas eurídices vestidas de *slang*; hay tantos estanques en Michigan (digamos mil) que dan ganas de vestir las de ofelias. Es el mes de julio y es el clima del séptimo círculo. Miradle derretirse en humo epistolar. Decidle que ya no hay sol en las bardas.

LA SEMILLA EN LA CENIZA

Angustia sin edad de alguien quemándose entre tus cabellos
Hay demasiado trópico en la nieve de la colina almohada de tu
seno

Mañana que me den un alba de limón de perfil lívida
Ya sabré la última curva de tu geometría de espumas
Entonces creceré hasta esa rígida soledad que se afila los gritos
En un paisaje irrespirable de fábricas
Qué mensaje seremos yo y ese pájaro sin voz y sin atmósfera
Ahorcados de ceniza en el alambre sobre el árido río de la vía
Qué amarilla palabra mortal para qué gozo prohibido
De alguien de pie en el humo del pecado llamándonos para
nacer

Semáforo a la boca del túnel antes de la catástrofe
Alguien si por completo sin edad y sin soñar del mar sin sueño
Como esos camarotes sin ventanas que sólo han oído hablar de
él a las olas

Hijo nonato que sólo nos sabe por la roja marea de la madre
Así nosotros a Dios por lo que de él nos preguntamos
Apaga tu vigilia y bébeme de llama triangular de tu incendio
Alarga en chimenea tus cúpulas sin empleo y sea humo su leche
Este otoño serán cúbicas todas las frutas y en claro oscuro
Y yo no estaré presente a la cuadratura de tus ojos
Y mañana habrá otra vez escaleras con un ángel en cada estación
Y qué haré para recordar el baile de mis serpientes capicúas

LÁZARO MAL REDIVIVO
(Fragmento)

Adónde irás, recuerdo forajido,
con los siete mastines a la zaga:
a qué sombra me llevas, sin sentido,
a qué luz me devuelves, que se apaga.

Adónde, pensamiento fijo, idea
fija en los pinos de memoria verde
y en el reloj de sangre que aún gotea
sobre la nieve en que mi voz se pierde.

A la brasa clavada en carne viva
de mi ternura sin la de tu seno,
al incendio de hiel de mi saliva
sin la saliva de tu ardor ajeno.

O a la flor de papel de un Brahms más sabio
y más frío esta noche entre tus manos,
a la canción que nace a flor de labio
y muere flor de loto en los pantanos.

A esperar, retorciéndome, el deshielo
de sábanas que no me dejan verte,
cuerpo roído por la cal del cielo
y la impuntalidad de muerte y suerte.

DE LA ARDUA LECCIÓN

Ahora vas a oír, Natanael, a un hombre
que a pesar de sus malas compañías, los ángeles,
se salvó de ser ángel con ser hombre;
míralo allá: pensil de aquella estrella
les sonrío lección de humanidades,
que es de sensualidades y de hambres.

Les dice: «Sea tu frente
alta y limpia y severa como el cielo de México
para que las cejas dibujen las dos montañas desiguales que lo
sostienen;
que tu ojo izquierdo ignore lo que lea tu ojo derecho
para que el mundo brille tan virginal como el prístino día;
que en el juicio de Paris de tu nariz Helena se llame siempre rosa
para que la guerra de Troya estalle pronto
y sepas lo fatal y el mar y Ulises;
y que tu boca muerda los frutos verdes y los frutos maduros
y algunas veces hasta los acedos,
pero tu oreja reine fina e insobornable
como la tierna yema de tus dedos,
porque tu rostro salga idéntico a tu máscara
cuando la muerte llegue y te arranque la máscara.»

Les dice: «El tiempo es una voz
hallada entre segundos como sílabas,
que si es poesía escribirás con equis
y si es su conciencia se ha de llamar en números romanos quince;

tiene los doce pétalos de rosa de la escala,
y es el trébol feliz de cuatro hojas
que forma las praderas y sus distancias y sus estaciones,
y cuando es punta de lanza ensangrentada que palpita
los hombres lo sentimos corazón
porque una mala noche nos atraviesa el corazón.»

Les dice: «Si has de llorar,
que sea con los ojos de la soledad en un cuadro,
o vete como un Owen a la estación más honda del *subway*,
debajo de las piedras que se robaron de Prades
donde habita la virgen mutilada que oyó las infidencias de
Abelardo.
Pero si te da miedo, sigue de ángel y no llores».

«ESPERA, OCTUBRE...»

Espera, octubre.

No hables, voz. Abril disuelve apenas
la piel de las estatuas en espuma,
aún canta en flor el árbol de las venas,
y ya tu augurio a ras del mar, tu bruma
que sobre el gozo cuelga sus cadenas,
y tu clima de menta, en que se esfuma
el pensamiento por su laberinto
y se ahonda el laberinto del instinto.

No quemes, cal. No raye las paredes
de aire de abril de mi festín tu aviso.
Si ya me sabes presa de tus redes,
si a mi soñar vivir nací sumiso,
vuelve al sueño real de que procedes,
déjame roca el humo infiel que piso,
deja a mi sed el fruto, el vino, el seno,
y a mi rencor su diente de veneno.

Espejo, no me mires todavía.
Abril nunca es abril en el desierto,
y me espía tu noche todo el día
para que al verte yo me mire muerto;
Narciso no murió de egolatría,
sí cuando le enseñé que eres incierto,
que eres igual al hombre que te mira
y que al mirarse en ti ya no se mira.

«ALLÁ EN MIS AÑOS...»

Allá en mis años Poesía usaba por cifra una equis,
y su conciencia se llamaba quince.
¿Qué van a hacer las rosas
sin quien les fije el límite exacto de la rosa?
¿Qué van a hacer los pájaros (hasta los de cuenta)
sin quien les mida el número exacto de su trino?
Ahora pájaros y rosas tendrán que pensar por sí mismos
y la vida será muchísimo más sin sentido.
Como la esclava que perdió a su dueño
(y tú eras su amo y él tu esclavo),
así irás Poesía por las calles de México.

ES YA EL CIELO...

Es ya el cielo. O la noche. O el mar que me reclama
con la voz de mis ríos aún temblando en su trueno,
sus mármoles yacentes hechos carne en la arena,
y el hombre de la luna con la foca del circo,
y vicios de mejillas pintadas en los puertos,
y el horizonte tierno, siempre niño y eterno.
Si he de vivir, que sea sin timón y en delirio.

EL INFIERNO PERDIDO

Por el amor de una nube
de blanda piel me perdí
duermo encadenado al cielo
sin voz sin nombre sin ser
sin ser voz suena mi nombre
mas dónde sueña no sé
que se me enredó la oreja
descifrando un caracol
tras una reja de olas
lo hará burbujas un pez
mas mi boca ya no sabe
la sílaba sal del mar
sílaba de sal que salta
del mar a mis ojos sin
lágrimas que la desposen
y el frío mal traductor
mal traidor ángel del frío
roba mi nombre de ayer
y me lo vuelve sin fiebre
sin tacto sin paladar
contacto bobo del cero
grados que era su inicial
con sus tardes de ceniza
en mi lengua de alcohol
en su verde voz de llama
de menta ahogada mi voz
con su blando amor de nube
que el orden me encadenó

Obra poética, de Gilberto Owen forma parte de la Colección Calibán, serie dedicada a la publicación de autores clásicos latinoamericanos. Se imprimió por primera vez en la primavera de 2012 en la imprenta de la Editorial UAS, Culiacán, México. Para su composición se utilizó la familia Minion Pro de 13 puntos para los títulos y 11 para el cuerpo. Su tiraje fue de 1000 ejemplares.

